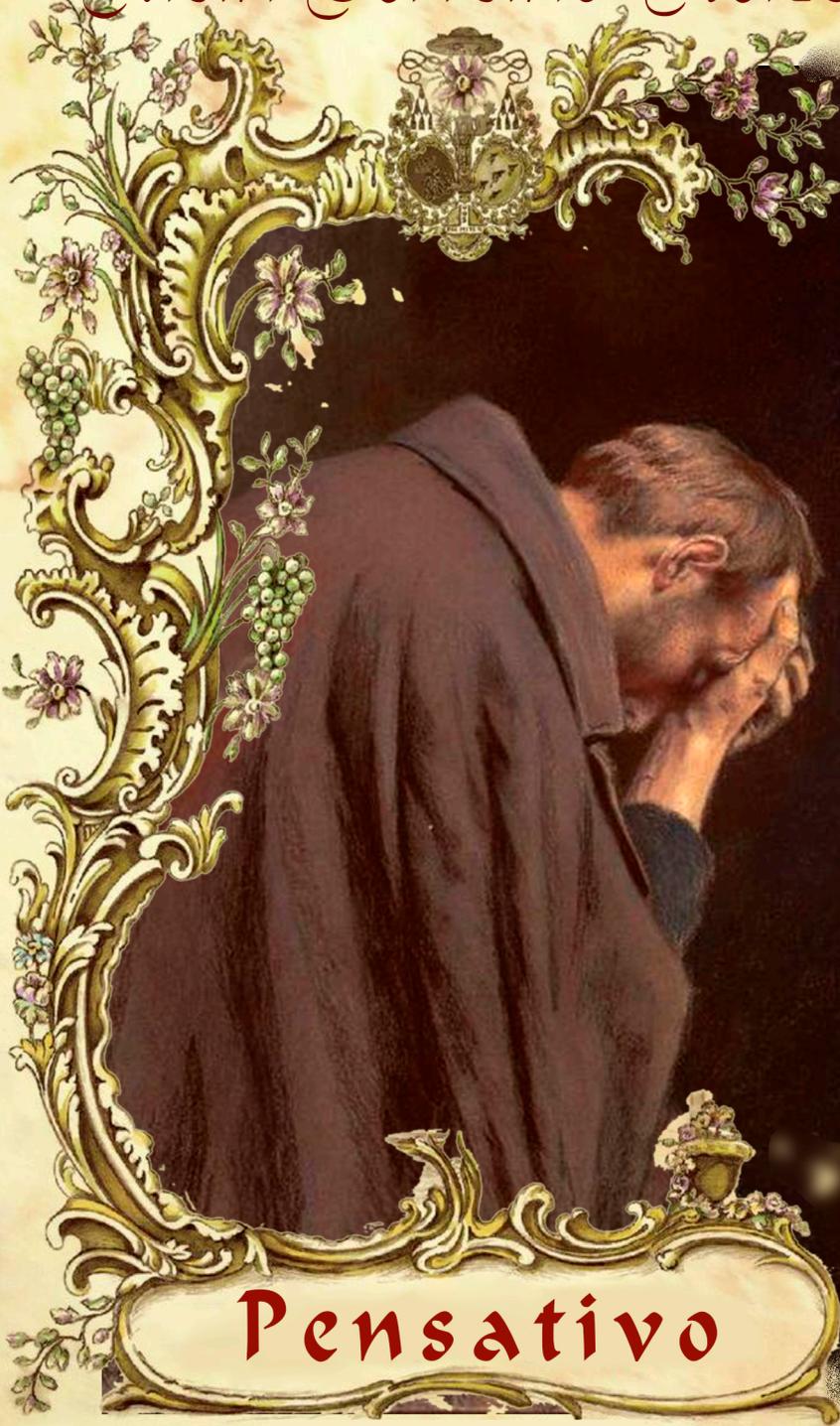


Juan Serrano Oteiza



Pensativo

Esta obra, *Pensativo*, novela de Juan Serrano Oteiza, de singular significado dentro de la literatura obrerista, fue premiada en el Primer Certamen Socialista de 1888. Y ello tanto por su valor científico-literario como por el discurso ideológico subyacente.

Con ella, Serrano Oteiza trata de ilustrar al campesinado y a la clase obrera, sobre la realidad social en que viven: hambre, miseria, ignorancia, etc.; a la par que le presenta los medios para transformar esa realidad: organización, solidaridad, fe en la instrucción y en el progreso y, por último, el colectivismo como forma de organización económica de la sociedad futura.

Esto en momentos en los que la Federación de Trabajadores de la Región Española (FTRE), con más del 40 por ciento de sus efectivos procedentes del campesinado, se debatía entre las ideas colectivistas y las anarco-comunistas.

Juan Serrano Oteiza

**PENSATIVO**

Extraído de: *Utopías libertarias españolas, siglos XIX–XX*

Luis Gómez Tovar y Javier Paniagua

Publicado por:

Ediciones Tuero y Fundación Salvador Seguí

<https://www.fundacionssegui.org/>

Apéndice de Manuel Morales Muñoz, extraído de *Nueva Revista de Filología Hispánica*

<https://nrfh.colmex.mx/index.php/nrfh/article/view/782>

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[http://www.solidaridadobrera.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)

# ÍNDICE DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN. El Primer Certamen Socialista. Luis Gómez Tovar

PENSATIVO. Juan Serrano Oteiza

I. De como un discurso jurídico puede ser causa de la narración de una historia

II. El valle de... Su situación geográfico–estadística

III. La buena moza del Valle de... y su familia

IV. Pensativo

V. La llegada del indiano

VI. Propositiones del indiano a Pensativo

VII. El consejo de familia

VIII. Pensativo emigra

IX. Pensativo en América

X. El forastero

XI. La escuela del Valle

XII. La industria del Valle

XIII. La confesión

XIV. La madre y el hijo enfermos

XV. Muerte de Sandoval

XVI. Muerte de Mariona

APÉNDICE: *Pensativo*, ejemplo de literatura anarquista. Manuel Morales Muñoz



**Juan Serrano Oteiza**

## INTRODUCCIÓN

### El Primer Certamen Socialista: *Pensativo*

Luis Gómez Tovar

Abaniquero de profesión y autodidacta en lo cultural, Juan Serrano Oteiza, había nacido en Madrid en 6 de mayo de 1837. Aunque de procedencia republicana, evolucionó hacia las ideas libertarias y llegó a formar parte, en 1869, del núcleo madrileño de los primeros internacionalistas. Mantuvo una constante colaboración con los más variados medios de comunicación tanto literarios (*Voz de la juventud, La silba, La fraternidad*, etc.), como de estudios jurídicos (*Gaceta de Registradores y Notarios, Anuario del legislador español*) o temas ideológicos (*Revista Social*) que le otorgaron cierta fama de «jurista y notario», sin serlo.

Militante de un gran empeño, pionero en muchos aspectos, contribuyó doctrinalmente al esbozo de proyectos de la sociedad futura. Sobre este tema específico publicó en la *Revista Social* una serie de artículos acerca de *El Municipio del porvenir*, entre junio y octubre de 1881.

Colaborador de la *Revista Social* y director después –desde 1881 a 1884– logró, pese a algunas interrupciones, hacer de ella una de las publicaciones sociales de mayor influencia y tirada con ediciones cercanas a los 20.000 ejemplares.

Portavoz de la Federación madrileña en los congresos regionales de Sevilla (1882), Valencia (1883) y Madrid (1885), participó en el Primer Certamen Socialista con *Pensativo*, muriendo un año más tarde en Madrid el 26 de marzo de 1886<sup>1</sup>.

Defensor de la vía legalista de la Federación de Trabajadores de la Región Española, pensaba que toda sociedad futura debía sustentarse sobre cuatro bases: autonomía, pacto, federación y propiedad colectiva. Ideas que expuso en numerosos artículos y colaboraciones y que de alguna manera están presentes en la primera utopía libertaria española que conocemos. Su marcada finalidad didáctica le lleva a conjugar sabiamente dos incógnitas que

---

1 Wladimiro Muñoz, recoge el testimonio del óbito y señala que ese mismo día recibió el premio concedido a *Pensativo*, que consistió en un retrato suyo al óleo. *Antología ácrata española*, Grijalbo, Barcelona, 1974, 94–95

no siempre despeja toda utopía: la localización en el tiempo y su desarrollo en el espacio.

En la medida en que responde a ambas, la obra supone un esfuerzo importante por insertarse dentro de una realidad social concreta cuya situación aspira a transformar.

En *Pensativo*, estos interrogantes se hallan resueltos de forma explícita. Sobre la primera cuestión, Serrano Oteiza aporta datos referentes a la época, inicios del reinado de Isabel II, aunque la última etapa de la narración se desarrolla en el decenio 1875–1885.

Curiosamente este período fue uno de los más brillantes del siglo XIX, y sobre cuya expansión se cimentó la restauración.

Una oleada de dinamismo económico invadió el país con la constitución de empresas mineras (Orconera, 1874; Rio Tinto, 1875; Somorrostro, 1876; Peñarroya, 1881). Simultáneamente, se produjo la primera gran remesa exportadora de productos agrícolas, alcanzando el vino cotas insospechadas, a causa de las plagas de la filoxera allende los Pirineos.

Estas dos líneas de desarrollo –minería y agricultura– van a ser el fundamento del cambio económico en *Pensativo*, junto a la implantación de un nuevo sistema de distribución de la riqueza, más justo, solidario y equitativo: el

colectivismo. En cuanto a la ubicación en el espacio, el autor es aún más concreto al localizar la obra en un valle del norte, próximo a Santander.

El núcleo de la utopía se desarrolla básicamente en torno a tres categorías: búsqueda de un hombre nuevo, potenciación de la educación integral y economía de la abundancia.

De toda la narración, lo más literario y, obviamente, una de las aportaciones más significativas es la figura paradigmática del hombre nuevo, encarnado en Luis Sandoval (es decir, Pensativo), como persona instruida en la ciencias, las artes, la economía y la industria. Es el motor del cambio hacia una sociedad más justa.

La formación de un hombre nuevo, capaz de identificarse con la comunidad, pero sin perder su individualidad, constituirá la base sobre la que ha de asentarse la revolución social<sup>2</sup>.

---

2 Ricardo Mella le dedica a este tema el estudio monográfico «Del amor, modo de acción y finalidad social» en *Ensayos y Conferencias*, Gijón, 1934. Un testimonio de esta búsqueda nos lo ofrece Octavio Paz al constatar el proceso revolucionario durante la Guerra Civil.

«Recuerdo que en España, durante la guerra, tuve la revelación de “otro hombre”... Pensé entonces —y lo sigo pensando— que en aquellos hombres amanecía “otro hombre”. El sueño español... fue luego roto y manchado... Pero su recuerdo no me abandona. Quien ha visto la Esperanza, no la olvida. La busca bajo todos los cielos y entre todos los hombres. Y sueña que un día va a encontrarla de nuevo, no sabe donde, acaso entre los suyos. En cada

Para llegar a este personaje que, según veremos se desdobra en dos, Serrano Oteiza utiliza un recurso narrativo poco común: *el viaje iniciático*.

Sucintamente el esquema de la obra es el siguiente: en un pequeño valle, agobiado por la miseria secular, un joven –Pensativo– decide emigrar a América, alentado por un indiano vecino del pueblo. El viaje le abre el camino de la instrucción. Años después, vuelve presentándose como Luis Sandoval. Esta ficción la mantiene hasta un instante antes de la muerte de su madre.

Sobre esta breve narración, palpita un género clásico como es la novela bizantina, de larga trayectoria en la literatura universal y de especial trascendencia en la nuestra, si consideramos los libros de caballerías.

*El viaje iniciático* de Pensativo no sólo le ofrece la oportunidad de adquirir conocimientos, experiencia y medios económicos, sino que le otorga un nuevo nombre: Luis Sandoval y también una nueva personalidad atenta a la situación de sus semejantes y al compromiso social. En este esquema clásico, existe además la figura del *precursor* o *maestro* que instruye a nuestro héroe: es un príncipe ruso, un sabio que aporta una nueva visión del mundo<sup>3</sup>.

---

hombre late la posibilidad de ser o, más exactamente, de volver a ser, otro hombre». *El Laberinto de la soledad*, México, 1968, 25.

3 Por los datos que Serrano Oteiza aporta, parece que este príncipe ruso

Bajo la aparente levedad de este relato, Serrano Oteiza plantea una exposición ideológica vigorosa. Para ello se vale de una serie de contraposiciones muy sugerentes: si el primer indiano –el que anima a Pensativo a marchar a América– supone una esperanza frustrada para el valle –solo piensa en su beneficio personal–; el segundo (Luis Sandoval) es el promotor del cambio del pueblo con sus iniciativas.

Pero lo curioso es que, Serrano Oteiza, expone las cosas ocultándolas, con lo cual omite el aprendizaje del hombre nuevo, aunque el itinerario que señala sobre las luchas «en favor de la libertad», parece aludir, en su conjunto, a las convulsiones que se produjeron en Europa en 1848. Por eso, no de extrañar que el jurado del *Primer Certamen*, mencionase la obra por su «fondo revolucionario».

Una vez alcanzados los conocimientos y obtenidos los medios económicos necesarios, la iniciación se ha cumplido y Pensativo regresa al valle. Pero quien vuelve es un hombre nuevo con la experiencia de un sistema económico superior.

Dentro de los planteamientos anticipacionistas del pensamiento libertario la educación integral, es la base sobre la que se sustenta la sociedad futura. En la narración, es la primera inversión que realiza Sandoval en el valle, y uno de los puntos de apoyo sobre los que va a gravitar el

---

alude a Kropotkin, no sólo por el rango de nobleza de que hace gala en la narración, sino por su ocupación: geógrafo y naturalista.

desarrollo de la zona<sup>4</sup>. Cada actividad, cada oficio va a capacitarse profesionalmente en la «Escuela del Valle». Así, los encargados de llevar a cabo las tareas agrícolas, industriales y comerciales procedían de la famosa escuela. Es más, este singular centro de docencia va a explicar y divulgar el nuevo sistema económico a través de asambleas con objeto de lograr una mayor integración en los objetivos de la recuperación del valle.

Sin la escuela, difícilmente se habría alcanzado este desarrollo. Es obvio, que frente al pasado esta institución no sólo es la promotora de un hombre nuevo a imagen de Sandoval, sino el elemento reformador de las costumbres del lugar, donde no hay vagos ni maleantes.

Aunque Luis Sandoval/Pensativo es el protagonista de la obra, realmente el centro de la narración no es su persona, sino el sistema económico que promueve el desarrollo. Para lograrlo implanta un nuevo orden social: el colectivismo.

El primer paso será la constitución de una *sociedad colectiva* para armonizar la co-propiedad de la tierra y los medios de producción entre todos los lugareños.

---

4 «...la Escuela, a donde infantes y adultos, hombres y mujeres todos acudían, no a transformarse en sabios, sino en seres útiles a sus semejantes, había hecho y seguía haciendo mucho bien, porporcionando la educación integral».

El segundo, la creación de una *comisión de correspondencia*, que no es otra cosa que una organización puramente administrativa para gestionar la fabricación y exportación de productos.

El tercero, es el *centro de estadística*, para establecer el punto de equilibrio entre la oferta y la demanda, así como la valoración del esfuerzo individual empleado por cada uno en el trabajo.

Por último, nada de esto sería válido si no existiesen asambleas de seguimiento laboral que, por un lado apreciaran la naturaleza del trabajo y su retribución; y por otro, remitiesen a la comisión de correspondencia, una valoración del coste de la materia prima, con objeto de obtener el precio final del producto.

Este sencillo esquema colectivista basado en el usufructo de la tierra y de los medios de producción, contiene un planteamiento constructivista que conduce al valle hacia una economía de la abundancia, hacia una prosperidad cada vez más creciente. Se accede así a una sociedad libre e igualitaria, en la que cubiertas las necesidades físicas y desterrado el temor a la ausencia de trabajo, la primera decisión del pueblo fue transformar aquél lugar en un paraíso y la primera acción construir nuevas viviendas.

**PENSATIVO**

Juan Serrano Oteiza

## **I. DE COMO UN DISCURSO JURÍDICO PUEDE SER CAUSA DE LA NARRACIÓN DE UNA HISTORIA**

En un centro científico de la villa y corte, y en el más elegante de sus salones, varios individuos del mismo se ocupaban con algún calor, de la notabilísima oración pronunciada en el Senado por el catedrático Sr. Comas con motivo de discutirse en dicho cuerpo el proyecto de Código civil. La novedad de la doctrina expuesta, con la brillante forma, y el triunfo conseguido por el docto profesor, eran también motivo de comentarios y observaciones.

Había conformidad en considerar la importancia del acto; pero cada crítico, –y todos los del corro lo eran–, tenía sus opiniones propias y opuestas; había, por tanto, toda la discordancia de pareceres que caracteriza la época actual, acerca de las doctrinas manifestadas por el Sr. Comas.

–Lo que más me ha sorprendido, decía uno de los circunstantes, es que se haya significado como socialista y que desdeñosamente haya dicho:

–«Y, señores, ¿quién es ya individualista?»

–Si no hubiera otras manifestaciones más caracterizadas–, agregó otro; si a esa se hubiera limitado... pero ha dicho más; ha dicho: «Hoy todos los movimientos y las aspiraciones todas de la ciencia van encaminados a bien distinto objeto que al desarrollo del individualismo.»

–¡Ha dicho mucho más! –repuso un señor delgadito, enteco y ya entrado en años, puesto que pidiendo garantías contra el poder ejecutivo, ha consignado la siguiente frase": «Yo tengo desconfianza de todos los poderes.»

–Pues al ocuparse de las *personas* nos dijo: «¿Y cuántas personas hay?» «¿Cuántos sujetos de derecho hay en la vida?» «¿Cómo se ha de negar que al lado del hombre físico, del hombre individual, existe un ser colectivo o asociación?»

–¡Pero, y los aplausos con que recibió el Senado la magnífica descripción que hizo de las personas jurídicas a las que llamó *entidades colectivas*.

–¿Parece que usted recibe esas manifestaciones con fruición?

–¡Como que son, en mi sentir, la fiel expresión de los últimos adelantos de la ciencia jurídica!

–¿Pero usted se ha fijado en que el Sr. Comas rechaza el individualismo?...

–Por eso me agrada su discurso.

–¿Qué en su opinión las corrientes de la ciencia van hoy por camino diametralmente opuesto a...

–Ya lo creo como que van por...

–¿Qué desconfía de todos los poderes...

–Y tiene sobrada razón para ello el señor Comas.

–¿Y que pide el reconocimiento legal en el futuro Código civil de las asociaciones, como personas colectivas...

–Con ello justifica una vez más, el Sr. Comas, la superioridad de su sentido jurídico y la suma discreción que le caracteriza.

–No discuto esas cualidades; ni mucho menos las niego; ¿pero eso es práctico?

–Y oportuno.

–¡Oportuno!...

–¿Cuándo mejor ocasión, que ahora, que se trata de la codificación civil de España?

–¿De modo que lo dicho por el Sr. Comas lo juzga usted práctico y oportuno?...

–Acabo de manifestarlo.

–¡Cuánto puede, señores, la pasión humana!...

–¡Buena prueba de ello la estamos dando nosotros!

Durante algunos segundos reinó un profundo silencio en el corro y al cabo del cual se oyeron algunos suspiros y se observaron significativos movimientos de impaciencia.

–Convengamos, señores, en que vivimos en un período histórico tristísimo. Las afirmaciones de hoy, tanto científicas como jurídicas y literarias, son la negación rotunda de las de ayer, y esto no puede contemplarse con resignación. ¿Acaso es cosa baladí la desaparición de todas las tradiciones, de todas las creencias, que al nacer le arrullaron a uno y, encarnando en nuestra conciencia, determinaron nuestras costumbres, nuestras leyes y por consiguiente nuestra organización...

–¡Qué gran cosa es la muerte! –interrumpió uno.

–¡Es preferible morir a contemplar este desquiciamiento general! –añadió otro.

–Sólo hay una cosa permanente en estos momentos. La duda.

–Sí ciertamente, sí. La duda es la soberana absoluta de nuestros pensamientos, y por consiguiente de nuestros actos.

–¡Y todos estamos contaminados de ella!...

–¡Dichosos los que creen!

–¡Bienaventurados los que dudan, porque ellos piensan!

–¡Pero es posible, amigo, que con la risa en los labios diga usted cosas tan terribles!

–Debe serlo cuando usted lo afirma.

–¡Estamos perdidos! –dijo el anciano delgadito y enteco.

–Completamente, –corearon algunos de los circunstantes.

Y el silencio volvió a reinar como señal inequívoca del abatimiento de aquellos espíritus.

–¿Quieren ustedes que les relate una pequeña historia que acaso sirva para que abandonen por el momento la pesadumbre que les mortifica y aún disculpe mi eterno dudar?

–Sí, hombre, sí, venga ese cuento.

–Pues con su permiso comenzaré.

Dicho esto, cada uno de los circunstantes procuró buscar la posición que juzgó, más cómoda para escuchar al narrador, que tenía fama de serlo a pesar de sus empedernidas dudas.

–¡No cree, –decían de él–, pero narra bien!...

–El narrador, contemplando la indolencia de sus oyentes, murmuró–, ¡¡¡si estos sensualistas se tienen por creyentes!!!  
¿Quién ha de creer?

## II. EL VALLE DE... SU SITUACIÓN GEOGRÁFICO-ESTADÍSTICA

Hay un rinconcito en España, un ameno y feracísimo valle, que goza de un excelente clima y está regado por un caudaloso río que, deseando acumular más belleza en aquel envidiado sitio, tiene en su término varios saltos de agua elaborados y preparados por la misma naturaleza.

Sus habitantes eran y siguen siendo sobremanera pacíficos y honradísimos; conocían, por referencia, los delitos; pero, eso sí, eran poco ilustrados; ignoraban todos o cuasi todos los adelantos científicos; tenían por deber el trabajo y trabajaban sin descanso; santificaban las fiestas, honraban a sus padres y sentían verdadero temor de Dios.

Mas con tener tantas virtudes, les ocurría que siempre vivían pobremente. Desconocían las condiciones geológicas

del terreno; y como la propiedad estaba muy dividida, –todos los vecinos tenían su pegujal–, cada uno de ellos procuraba coger el trigo o centeno necesario para el consumo anual, otro tanto sucedía con las hortalizas, legumbres y animales domésticos. A nadie se le había ocurrido aprovechar para el riego, el agua del poderoso río que cruzaba el Valle y no pudiendo ser calificados de pobres de solemnidad y sí, de contribuyentes por territorial, no eran, en puridad, sino unos pobres mendigos que vegetaban, gracias a su laboriosidad individual, perseguidos siempre por el hambre.

Y esto era lo normal en los buenos años, que en aquellos en que la madre tierra por cualquiera de los infinitos accidentes que pueden ocurrir, se mostraba estéril y no producía ni lo que se había sembrado, entonces... entonces sólo había un medio para no desfallecer de miseria... la emigración.

Estos eran los datos geográfico–estadísticos que se podían suministrar del Valle de... a los comienzos del reinado de Isabel II.

### III. LA BUENA MOZA DEL VALLE DE... Y SU FAMILIA

El vigor y la energía de los naturales del valle, era característico, pero señalábase, entre todas, una familia compuesta de un vecino de vigorosa constitución, casado con la mejor moza del Valle, no menos robusta que él, de una fecundidad digna de especial mención, tenía la costumbre de dar a luz cada dos años y más de una vez le ocurrió regalar dos hijos a su marido de un solo parto.

La buena moza criaba a sus pechos a todos sus hijos, y si bien, cuando tengo el honor de presentársela a ustedes, tenía entre varones y hembras nueve, ni su vigor, ni su belleza habían desmerecido, y como *su hombre*, –frase de la tierra–, seguía cada vez más robusto, suponían las comadres del Valle, que al fin y a la postre, Mariona, –así llamaban a la buena moza–, llegaría a sentar a su mesa más de una docena de hijos.

Los bienes de fortuna de esta familia no habían mejorado con la fecundidad de la esposa, a pesar de la infatigable actividad del esposo; y el pan, que según algunos, traen los hijos bajo el brazo, al venir al mundo, los de Mariona se lo habían olvidado, o por su desdicha habían llegado tarde al reparto.

En atención a lo expuesto, se comprende muy bien que la situación económica de este hogar fuera cada día mucho menos que mediana, y que *Pensativo*, –así llamaban en el Valle al hijo mayor de Mariona–, aguzase su ingenio a maravilla para ayudar a sus padres a sostener las cargas de la familia.

*Pensativo* era sobradamente reflexivo para su edad, –14 años–, y con frecuencia buscaba la soledad para entregarse a sus reflexiones, que eran como un modo de ser habitual de tan pequeña criatura.

De aquí el alias con que en el Valle era conocido.

El muchacho era listo y algún tanto reservado; sabía leer correctamente y escribir con ortografía, –gracias al señor cura–, se me olvidó manifestar a ustedes, que en el Valle no había escuela, aunque sí iglesia, de la que era acólito *Pensativo*.

Ayudaba a misa y servía de amanuense al señor cura, y aún hacía más, puesto que llevaba, adiestrado por el párroco, los

registros de nacimientos, casamientos y defunciones de la parroquia, con una correctísima letra cursiva española que no había más que pedir.

Poco, pero algo, le valía a Pensativo esta ocupación *eclesiástica* bajo el aspecto positivo; pero en consideración y afecto le producía mucho más el ser amanuense del cura. Todas las madres que deseaban tener noticias de los pedazos de sus entrañas, a la sazón en el servicio militar, acudían a él y le llamaban a sus casas para escribir a sus hijos aquellas *infinitas tonterías* que tenían necesidad de participarles.

Esto ocurría con alguna frecuencia; y cuantas veces: aquí un pedazo de pan; allí un puñado de almortas; en esta casa, algunas patatas; en la demás allá; un poco de manteca, ¡cuántas veces aquel niño fue la providencia de su casa!

Esta multiplicidad de ocupaciones no le privaba a Pensativo de ayudar a su padre en sus faenas agrícolas. Aquel muchacho tenía tiempo para todo, hasta para entregarse a su ocupación favorita, que no era otra, sino la de averiguar el porvenir que le esperaba si por cualquier agudeza de las suyas no lograba emigrar del Valle...

El marido de la buena moza, allí conocido por *el de la Mariona*, vivía sin aspiraciones, limitado a trabajar, a comer lo que ésta le ponía a la mesa, querer mucho a sus hijos y a seguir ciegamente las inspiraciones de su mujer.

Mariona era el alma de la casa; y siendo en lo físico una persona digna de especial mención, en lo intelectual, por intuición, era muy superior a su marido y a sus hijos; así que, sin darse cuenta éstos y aquélla del suceso, es lo cierto, que en aquel hogar todos obedecían, reconocían y acataban la autoridad paterna vinculada exclusivamente en la buena moza.

En lo moral, no había distinciones en la familia, todos eran a cual más prudentes, laboriosos y honrados.

Nada tan gráfico ni tan expresivo como el pueblo al calificar una persona o un hecho histórico, y grandes enseñanzas acerca de éste particular nos da la historia antigua y la moderna, así que distinguiendo las gentes del valle, que en casa de la buena moza había una personalidad superior, para designar a su marido decían *Pedro, el de la Mariona*; y a los hijos del matrimonio, excepción de Pensativo, *los chicos de la Mariona*.

Las gentes del Valle de... distinguían o entreveían en el niño su carácter y no lo confundían con el resto de la familia y tenían sobrada razón.

## IV. PENSATIVO

Pasaron dos años y Pensativo observó que la miseria era el estado normal de las gentes del valle; todos eran muy pobres: bonísimos cristianos; confesaban y comulgaban por Pascua florida, oían misa todos los domingos y fiestas de guardar, trabajaban sin descanso en las labores agrícolas, únicas a que se dedicaban, pero la divina Providencia sólo les daba salud y robustez; los matrimonios eran a porfía a cual más fecundos.

La población, por tanto, aumentaba que era una bendición de Dios, pero como los medios de alimentarla no seguían esta progresión, resultaba una maldición económica. Pensativo no conocía la terrible frase de Malthus, pero se preguntaba muchas veces, ¡a dónde vamos a parar! y pasado un rato se respondía «al cementerio extenuados de hambre!»

La taciturnidad de Pensativo aumentaba: apenas si como niño había jugado con sus compañeros los otros muchachos del Valle, pero, ya mocito, menos aún. En sus ratos de amargura se encerraba en la iglesia y pedía a Dios, que le librase de aquel sufrimiento interno, que le había proporcionado el alias con que era conocido en el lugar, es decir, le arrancase de su cerebro su facultad pensante, o le diese una idea salvadora que librase a sus convecinos del desastroso fin que preveía.

¡Morir de hambre su padre y su madre! Morir de hambre sus hermanitos, sus parientes, sus vecinos... ¡Esto era horrible!

Pensativo estaba cada vez más *pensativo*; y, o Dios no le escuchaba, o no era digno de alcanzar la merced que pedía, porque ni él encontraba medios de evitar la catástrofe, ni los del Valle de hacer más fructíferas sus tierras... ¡sólo las mujeres, eso sí, eran cada día más fecundas!...

Pensativo estaba desesperado, y aunque leía los libros del señor cura, éstos no le sacaban del atolladero; porque, a pesar de ser muy católico, apostólico y romano, sin darse cuenta de ello, aspiraba a que sus semejantes existieran sobre la corteza terrestre lo mejor posible, y los libros del señor cura consideraban como transitoria la estancia del hombre en la Tierra, un valle de lágrimas el planeta, y predecían un más allá, dichoso, feliz e imperecedero, en la otra vida.

No está averiguado si Pensativo dudaba o no de esta doctrina; pero sí, que en parte, se rebelaba contra ella, sin que su voluntad tomase cartas en el asunto: aquello, si al fin era volición, lo era meramente intuitiva.

## V. LA LLEGADA DEL INDIANO

Aconteció un hecho extraordinario en el Valle y fue ocasionado por la llegada de un Indiano.

Ustedes saben que éstos son aquellos más afortunados de sus compañeros de emigración que vuelven a su país repletos de oro, a descansar de las luchas y fatigas que les ha costado tan vil metal.

El Indiano hizo su entrada triunfal en el Valle. Su familia, sus vecinos, hasta el señor cura le adulaban y agasajaban a porfía. Por algunas semanas no hubo otro ídolo ni otra conversación; y escuchando a unos y a otros Pensativo vino en cuenta de que había un país en el que se trabajaba mucho y se podía acumular moneda circulante igual a la que el Indiano había traído y que le permitía tener por criados a todos los habitantes del Valle de... y hasta construirse un

palacio en el sitio que le pareció más pintoresco y ameno donde darse vida regalona y muelle.

La construcción del palacio del Indiano cambió algo las condiciones económicas de los habitantes del valle, y mientras ésta duró se dieron algunos jornales. Pensativo no fue de los últimos en ganarse el suyo. Supo el Indiano, –la fama pública trasciende–, que Pensativo era muchacho *que entendía de letra*, y le utilizó con semejante motivo, diversas veces como amanuense de su correspondencia, y a causa de ello vino éste en conocimiento de muchas cosas que jamás pudo imaginarse.

Vio y aprendió, por sí mismo, que los hombres de diversos puntos estaban en relación comercial, y que por medio de cartas–órdenes y letras de cambio se remitían fondos sin que la moneda tuviera que hacer otra cosa que estar en caja a disposición del tenedor de la una o de la otra; y esto ciertamente le maravilló; no lo entendía, pero observó que el Indiano remitía a Santander letras sobre la Habana y que el corresponsal de Santander le remitía otras sobre cierta villa inmediata a donde iba el indiano en persona a cobrar unas veces o adonde los materialistas que le abastecían de piedra o cal o madera para la construcción de su palacio iban a cobrar de su orden el importe de sus cuentas.

Alguna vez el Indiano quiso entablar conversación con Pensativo, pero no era asunto muy fácil, puesto que contestaba monosilábicamente, sin insolencia ni timidez en

cuanto era preguntado, realizaba sin negligencia ni descuido alguno cuanto era de su cargo; en una palabra, cumplía a conciencia con su deber y seguía como siempre taciturno y reflexivo.

El Indiano se *había construido su palacio*, según decía, y el trabajo extraordinario del Valle había terminado. Pensativo venía siéndolo cada día más; aumentaban los feligreses del señor cura; las necesidades de los habitantes del Valle también; el caudaloso río seguía su primitivo curso; los saltos de agua se perdían desapercibidos de todos, y la tierra, aunque trabajada con el azadón y regada con el sudor de los hombres, seguía empeñada en producir poco centeno y menos trigo, que era lo que las gentes del Valle se empeñaban a su vez en que produjera; que hubiera pan para el año. ¡Qué menos podían pedir a Dios a trueque de tantos trabajos!

Pero Dios no les escuchaba, las cosas iban de mal en peor.

## VI. PROPOSICIONES DEL INDIANO A PENSATIVO

Cuando el Indiano paseaba a pie, todos los desocupados del Valle le daban escolta, considerándose muy honrados por ello; cuando salía a caballo, de todas las heredades por cuya intermediación pasaba, salían voces diciéndole: «¡Buenos días tenga usted!» «¡Vaya usted con Dios!» «¡Usted lo pase bien!» a lo que contestaba el saludado con un ligero movimiento de cabeza; sólo Pensativo se distinguía entre todos; nunca le aduló ni le temió; si le hallaba al paso lo saludaba con un «¡Buenos días tenga usted!» llevándose la mano al ala del sombrero, pero fuese por la especialidad del carácter del muchacho, fuese porque juzgase bien el Indiano de su disposición natural, debió más de una vez de pensar en él porque un día que pasó a caballo por una heredad donde a la sazón trabajaba Pensativo, se entabló entre ambos el siguiente diálogo:

-Te gusta la vida del campo, Pensativo.

-No puedo tener otra, -contestó el muchacho.

-Quiero decir si te gusta el trabajo.

-El trabajo, sí señor.

-Pero, el del campo.

-¿En qué puedo ser útil yo, si no sirvo para el campo?

-Eso es largo de contar. ¿Te gustaría correr tierras?

-Me gustaría ganar lo necesario para que mis padres y mis hermanos no vivieran tan infelizmente.

-Pues eso es imposible en el Valle.

-Así lo creo.

-¿Y qué piensas para el porvenir?

-Mucho.

-¿Pero tienes algo resuelto?

-Nada.

-¿Por qué?

-Porque aunque medito mucho no hallo modo de salir del

atolladero. Sé que estamos mal; deduzco que estaremos peor andando el tiempo; pero soy tan infeliz que no acierto a encontrar un medio que mejore nuestra situación.

–Tú puedes mejorar la tuya emigrando.

–¿Dónde?

–A la América del Sur.

–No tengo medios para el pasaje.

–Yo te los anticiparé, si quieres, y te daré recomendaciones que te servirán de algo.

Pensativo reflexionó algún tanto, y después dijo:

–Déme usted tiempo para contestarle.

–Toma el que te plazca.

–Mañana contestaré a usted.

–Pues hasta mañana.

Picó espuela el Indiano y se alejó de aquel sitio.

Pensativo reanudó su trabajo de cava con un vigor que aumentaba por momentos; acaso veía ya claro en el asunto que le traía hace algunos años preocupado; acaso tenía ya la solución porque tanto suspiraba.

## VII. EL CONSEJO DE FAMILIA

Cuando llegó el final del día, reunióse, como de costumbre, toda la familia de la *Mariona*; cenaron unas sopas de ajo, y cuando se hubo terminado tan frugal cena, dijo Pensativo:

–Madre, el Indiano me ha ofrecido recomendarme, si me quiero ir a la América del Sur.

Mariona miró sorprendida a su hijo; casi había perdido el recuerdo del metal de su voz, y le dijo:

–¡El Indiano te ha ofrecido!...

–¿Y tú qué has contestado? –interrogó el padre de Pensativo.

–Que no tenía dinero para el pasaje, y el Indiano se ofreció a prestármelo.

–¿Y qué has contestado? –Dijo Mariona, con ansiedad.

–Que lo pensaría, ofreciendo verificarlo mañana.

–¿Y qué vas a contestar?

–Lo que usted quiera, madre.

Discutióse largamente aquella noche en consejo de familia. Mariona no se atrevía a dar opinión, pero el padre de Pensativo manifestó que debía aceptar los ofrecimientos del Indiano. Sus hermanos le envidiaban y sentían no hallarse en su caso para resolver afirmativamente; sólo Mariona dudaba. ¡Era madre!

–¡Quién sabe la suerte que el porvenir guarda a mi hijo!  
–decía.

## VIII. PENSATIVO EMIGRA

Pensativo, acompañado de su padre, visitó al día siguiente al Indiano y quedó aceptada la proposición.

Poco tiempo después se despedía de su madre, diciéndola estas palabras.

–«Madre, volveré de América rico, o no volveré; pero si vuelvo no será para rodearme del fausto, vivir en la holganza procurándome toda clase de goces; no, madre, esa me parece pequeña ambición, la mía es grande».

Mariona, anegada en lágrimas, sólo pudo contestar a su hijo estrechándolo en sus brazos y comiéndoselo a besos; era para ella, decía, la despedida eterna.

Pensativo partió del Valle, y dos meses después llegó una carta suya de Cuba; estaba en la Habana, con salud y trabajando.

## IX. PENSATIVO EN AMÉRICA

A los fines de esta historia no importa detallar la vida de Pensativo en América, basta narrarla a grandes trazos; por hoy sólo diré, que la esclavitud le horrorizó y decidió morir pobre, antes que confundirse con los negreros, sus cómplices y servidores. Con tales propósitos claro es que los medios de Pensativo no serían muchos en la Habana; basta decir que más de un día no se desayunó.

El trato de gente, la continua lectura de toda clase de periódicos que podía haber a las manos, siempre que estuvieran en lengua castellana, y las adversidades, habían hecho de un muchacho de 17 años, un hombre maduro, gracias a su cualidad dominante; cada día era más reflexivo y más serio; no pecó de tonto el que en el Valle le puso el apodo de *Pensativo*, pero si le hubiera podido observar en la Habana, hubiera dicho: «con razón le puse el alias.»

Después de muchas luchas con la miseria y con la adversidad, un día desembarcó en el puerto un príncipe ruso que debía de ser poderosísimo, el cual viajaba con un propósito científico; tropezó con Pensativo, que de oídas y gracias al trato que tenía con unos trabajadores franceses, entendía algo el idioma de Proudhon y alguna que otra frase francesa dejaba escapar de sus labios.

El Príncipe era un sabio. Pensativo le fue simpático primero, luego útil, de cuyas resultas al cabo de algunas horas le propuso fuese su intérprete y el muchacho aceptó. Cuando el ruso recorrió toda la Isla, después de dos años de continuas excursiones, obtenía la estimación del Príncipe, que halló en él un excelente ayudante de herborización, y ya conocía, a más de la flora de Cuba, gramaticalmente el francés y el ruso, cuyo profesor había sido el mismo Príncipe, que estaba prendado de todas sus buenas cualidades, pero muy especialmente de sus dignos procederes. El acierto con que ejecutaba cuanto se le encargaba, y la dignidad y afecto con que trataba al Príncipe ruso, eran también muy apreciadas por éste, que al decir de las gentes más parecía su amigo que su jefe. Tan pronto como mejoró la suerte de Pensativo, se reflejó el suceso en el hogar de Mariona, y sus hijos iban a la escuela a otro lugar más afortunado, a legua y media del valle, porque Pensativo lo *mandaba*. Hasta el señor cura recibía de vez en cuando desde el otro mundo, recuerdos de aquel discípulo suyo. Claro es que al Indiano le fue religiosamente satisfecho su préstamo.

Así transcurrieron algunos años; Mariona reunía en la mesa once hijos, pero el recuerdo de pensativo embargaba su memoria, y las cartas de éste eran esperadas con verdadera ansiedad. Ya no estaba en Cuba; había recorrido con el sabio ruso toda la América; había vuelto a Europa, y esperaba tener ocasión muy pronto de visitar a su familia, aunque por pocos días.

La noticia circuló rápidamente y todas las gentes del valle, recibieron grata satisfacción con el anuncio del próximo regreso de Pensativo.

Pero transcurrió el tiempo fijado para ello y Pensativo no llegó, y poco después cesaron de venir sus cartas y con ellas las remesas de fondos que por su orden les hacía periódicamente una casa de banca de Santander.

Los hermanos y los amigos de Pensativo le juzgaron muerto; y cómo no, si transcurrieron meses y años sin recibirse noticias suyas.

Sólo Mariona, aunque vertiendo abundantes lágrimas, decía a su marido:

–Yo no puedo creer que haya muerto mi hijo.

–¡Ojalá no te equivoques! –respondía su marido.

El señor cura, como todos los vecinos del valle, eran de distinta opinión, y buena prueba de ello dieron asistiendo a

la misa solemne de difunto que dijo el señor cura para descanso del alma de su querido discípulo.

## X. EL FORASTERO

No era ciertamente aventurada la creencia de las gentes del Valle de... ¿Siendo Pensativo, –decían ellos–, tan buen hijo, cómo explicar su silencio?

–¡Ni cartas ni dinero! –decían las comadres–, qué duda tiene... Pensativo ha muerto.

El tiempo se encargó de justificar esta creencia; pasaron muchos más años y no se recibieron noticias de Pensativo.

La buena moza se transformó en una buena vieja, su marido otro tanto, y los *chicos de la Mariona* proporcionaron a ésta el placer de tomar estado y de regalarla una preciosa colección de angelitos de sonrosadas mejillas y rizados cabellos que voceaban alegremente al divisarla, –¡Abuelita!

Las gentes del valle, llamaban a los infantes, los nietos de

la Mariona. La personalidad de la buena moza no había declinado a pesar de los años transcurridos.

Una tarde de otoño llegó al valle un viajero de luengo cabello y áspera barba, uno y otro poblados de numerosas canas. Venía jinete de un caballo blanco, y sobre el arzón pendían unas alforjas sumamente repletas a juzgar por su volumen.

El viajero próximo al caserío del valle, se detuvo algún tanto, y sin apearse estuvo contemplando todo el terreno; hubo un momento en que pareció dudar cuál sería la dirección que debiera tomar. Su indecisión fue breve, y secando el sudor con el pañuelo, o las lágrimas de sus ojos (no está averiguado esto), espoleó el caballo como el que desea salir pronto de un mal paso, y a poco se apeaba a la puerta de Mariona, pidiéndola hospitalidad, previo abono de lo que fuera regular.

–Señor, yo no tengo casa suficiente ni medios bastantes para recibir pupilos.

–Tengo sobrado con estar a cubierto de la intemperie.

–Pues pase usted, señor; dormiré en la cama que le guardo a un hijo de mis entrañas, há muchos años ausente, a quien todos creen muerto y yo también algunas veces... pero que otras me parece que le he de ver y abrazar todavía vivo y sano.

–Ojalá sea así, señora: y diciendo y haciendo metióse en la casa y condujo su caballo a la cuadra sin dudar un sólo momento, y por el contrario, como si a ello estuviera acostumbrado.

Mariona brindó al forastero con la cama que siempre tenía prevenida para su hijo, pero éste se limitó a sentarse al lado del hogar sin hablar palabra.

Llegó poco después el marido de Mariona del campo, y ésta le enteró del pupilo que se les había entrado por la puerta, con cuyo motivo, y para hacer la presentación, preguntó al viajero su nombre y éste contestó llamarse Luis Sandoval.

Mariona, a pesar de sus 69 años, estaba ágil y fresca; más achacoso se hallaba su marido; pero sin embargo se «*resistía*, según decir suyo, a las injurias del tiempo.»

–¿Qué cenará el señor? –le dijo Mariona.

–Lo que ustedes cenén.

–El caso es, –dijo su marido–, que nosotros cenamos sopas de ajo.

–Hace muchos años que no las he comido y durante mi juventud fue mi plato cotidiano y favorito.

–Será usted castellano viejo.

–Sí señora.

–Ya se conoce. –Y ¿qué más quiere usted?

–Que ustedes me acompañen, a abrir boca, con las sopas de ajo, y a cenar, con el contenido de algunas latas que traigo en las alforjas en compañía de unas botellas de vino, que desocuparemos también, si ustedes gustan.

–¿Pues no hemos de querer?

–Advierto a ustedes, –añadió el viajero–, que no tengo prisa en cenar.

–Las sopas de ajo están hechas, en un *verbo*.

–Pues en el ínterin yo iré abriendo las latas; y diciendo y haciendo así comenzó a verificarlo.

–¿No tenían ustedes más hijos que el ausente? –preguntó el forastero.

–Sí, señor, once más. Y todos varones, –contestó el anciano.

–Excelente madre, –repuso el forastero–; y ¿viven todos?

–Todos... No tardarán en venir; ya verá usted qué buenos mozos son, –dijo con cierto énfasis Mariona. Ya están todos... y de todos, señor, tengo nietos.

–Es usted muy feliz entonces.

–¡Ay señor! Hecho muy de menos a mi Pensativo... a mi hijo el ausente.

–Qué terca eres, Mariona, que terca eres, –articuló el anciano.

–Señor, mi marido me llama terca porque yo, a pesar del tiempo transcurrido, sigo esperando a mi hijo.

Poco a poco, como había dicho Mariona, se fueron presentando sus once hijos, sanos, robustos y rudos campesinos, que tan pronto como estuvieron las sopas de ajo, a invitación de sus padres se dispusieron a *tomar una cucharada* y así lo hicieron, y tras la cucharada de sopas fueron saboreando las conservas que contenían las latas abiertas y desocupando las botellas de Burdeos que el viajero traía consigo.

–¡Bueno es, señor! –dijo Mariona al saborear el primer vaso que la ofreció el viajero.

–¡Buen vino! –añadió el anciano al verificar lo propio con el segundo, que también le ofreció el forastero.

–¡Bueno, pero muy bueno! –dijeron a su vez los hijos cuando les llegó el turno de beber, puesto que a todos, uno por uno, les sirvió por su mano Sandoval.

–¿De dónde es? –dijo Mariona.

–De Francia, señora; pero en tierra de España se puede producir mejor. Sólo que para ello hacen falta un poco de ciencia y algo más de dinero.

–Pues ni lo uno ni lo otro tenemos en el Valle, –murmuró el anciano.

–Es lamentable que tal suceda, porque, o mucho me engaño, o en este rincón tienen ustedes perdidos muchos elementos de riqueza, que en manos expertas y con medios suficientes podrían transformar el Valle en un verdadero paraíso.

Después la conversación tomó otro rumbo.

Nada hace tan comunicativo a los hombres como el comer y beber juntos, y así ocurrió que a las doce de la noche, Mariona, su marido, sus hijos y el forastero eran amigos íntimos de éste, a quien más de una vez había observado aquélla que se llevaba el pañuelo a los ojos como para enjugarlos o limpiarlos.

Llegó, que todo llega, la hora de acostarse, y se retiraron los hijos a sus respectivas viviendas; los ancianos y el forastero a sus lechos. ¿Durmieron? Unos sí y otros no. Mariona creyó oír sollozar a Sandoval aquella noche... contuvo su respiración... y escuchó inútilmente... todos dormían a juzgar por el silencio. ¿Era esto cierto?

Fácil le será al lector calcular y resolver esta duda por sí mismo.

## XI. LA ESCUELA DEL VALLE

Don Luis Sandoval se había hecho estimar de todos a los ocho días de su llegada al valle. Seguía viviendo en casa de Mariona muy querido de ésta y de su marido, y aun de sus hijos, con quienes empleaba los ratos de holganza en los juegos propios del país.

A juzgar por sus actos, debía ser muy rico: había comprado un grandísimo terreno perfectamente orientado, donde después de haber llegado al Valle maestros de diversos oficios, se había emprendido una obra tan grande, que no ya los vecinos, sino todos los hombres y aun los chicos de los pueblos cercanos, hallaron en ella hueco donde ganar un jornal desconocido. El Sr. Sandoval estaba en todas partes; a todos atendía con una actividad incansable.

Las gentes del Valle de... se preguntaban para qué

necesitaba el Sr. Sandoval un palacio tan grande, a juzgar por las dimensiones y extensión de las zanjas abiertas para los cimientos del edificio; pero ninguno se atrevía a preguntárselo.

Los hijos de Mariona estaban ocupados en diversas atenciones a las inmediatas órdenes de Sandoval, y eran los que, –unas veces unos y otras otros–, iban a la ciudad inmediata a cobrar letras a verificar reconocimientos en lo más áspero e ingrato de unos montes abruptos e incultos próximos al Valle, que ni retama producían. De resultadas de estas excursiones se incoaron en la capital de la provincia las correspondientes denuncias de propiedades mineras, de hierro algunas, otras de carbón piedra; a pocos meses de la denuncia se emprendían las labores mineras con la dirección científica consiguiente y todos los medios necesarios y propios de una hábil y enérgica explotación.

Los vecinos del Valle y sus contornos estaban asombrados de los recursos metálicos del Sr. Sandoval, y el caso no era para menos, si se tiene en cuenta la magnitud de las obras emprendidas. Llegó un día en que el Palacio, así llamado por las gentes, estaba a punto de terminarse; tenía unas dimensiones grandísimas, tanto, que, según Mariona, «cabían en él, cómodamente, todos los vecinos del Valle,» y aquello «había costado ríos de oro.»

Las máquinas y aparatos para la explotación minera del hierro y de la hulla, habían costado no ríos, «sino mares de

oro.» –«El Sr. Sandoval era indudablemente muy rico; no tenía fondo su bolsa; era inagotable su caja;» –decía con amargura Mariona.

Cuando las obras de cantería y albañilería del palacio estuvieron terminadas y creían los canteros y albañiles forasteros que debían abandonar el Valle, en uno de los banquetes semanales o domingueros, que se celebraban a la orilla del río, –a la sazón era verano–, les dijo Sandoval:

–Las obras no han concluido...

–¡No! –gritaron a coro todos los oyentes.

–No. Tenemos mucho qué hacer aún. Debemos aprovechar los tres saltos de agua del río, para poner tres fábricas, una de harinas, y otras dos de lo que el desarrollo de nuestros productos exija. Si responde a los cálculos científicos la producción minera, tendremos que montar un alto horno de fundición, y como tenemos muchas hectáreas de terreno que se transformarán en viñedo, habrá que construir bodegas, fábricas de envases o pipería, de modo que por ahora hay trabajo para algún tiempo.

Efectivamente, algunas semanas después se emprendieron las obras en el río para construir las fábricas que Sandoval había anunciado en el Valle, y no faltaba trabajo.

Se terminó el palacio hasta en los menores detalles

decorativos, que se llevaron a cabo con sencillez y con gusto, y a poco se vieron llegar una tras de otras muchas carretas cargadas de cajones, que iban recibiendo unos señores forasteros, que por disposición de Sandoval, le habitaban.

El asombro de los vecinos llegó al colmo. ¡El palacio no era para habitarle su dueño! ¡Rareza igual! ¿Para qué, pues, lo había construido? ¿Qué contenían aquellas cajas que carretas y más carretas traían casi todos los días?

–Mariona, que se atrevía algunas veces a interrogar a Sandoval, le preguntó:

–¿Para quién es ese palacio, señor?

–Para todos.

–Bien cabemos; pero como han venido esos señores que lo habitan, y no paran de llegar carretas y más carretas conduciendo cajones de todos tamaños, estamos todos confusos; porque la verdad, creímos que Vd. lo edificaba para habitarlo para su uso particular.

–Afortunadamente no soy tan soberbio. Un edificio de esas dimensiones para el servicio de un sólo hombre, sería un insulto a sus semejantes. Ese palacio es simplemente la escuela del Valle; esos forasteros el cuerpo de profesores de la escuela; los cajones contienen el menaje de librería de la misma y en ella tendremos todos cabida, porque repito a usted que no es mía; es de todos, y hoy mismo se pondrá a

su frente la lápida de mármol que públicamente lo acredite, a la vez que titule al edificio.

–¿Cómo se va a llamar?

–«Escuela del Valle.»

–¡Ah señor! –dijo Mariona llorando–, ¡qué felices son algunas madres!

–¿Y usted no lo es?

–Hasta cierto punto, sí lo soy... Pero como siempre hecho de menos a mi Pensativo... Si hubiera estado presente, al oír a usted le hubiera abrazado...

Sandoval se estremeció y con voz entrecortada dijo...

–¡Pues abráceme usted en su nombre!

–¿Pero usted lo consiente?

–Si lo estoy deseando, señora... –exclamó Sandoval.

–Yo también, caramba; yo también quiero abrazarle en nombre de mi hijo, –añadió el marido de Mariona.

Y los abrazos, y los besos, y las lágrimas, confundieron a los ancianos y a Sandoval. Mariona, especialmente, estaba frenética. Sin la llegada de uno de sus hijos no es fácil averiguar hasta dónde hubieran conducido a estos sus

extremos. Deshecho el grupo por la causa expresada, Sandoval, más sereno que los ancianos, le dijo:

–Amigo mío, se han empeñado en abrazarme y he tenido que darles este gusto.

–Y han hecho bien, porque usted todo se lo merece, –contestó el aludido.

–¿Sabes para quién es ese palacio tan grande y tan hermoso? –dijo el Padre.

–No lo sé ciertamente.

–Ese palacio es la «Escuela del Valle», –añadió el anciano.

–¡Ay, señor Sandoval! déjeme usted que yo también le abrace.

–¡Venga otro abrazo!

–Mi hermano Pensativo decía que era muy necesaria una escuela en el Valle, pero si viera la que gracias a usted vamos a tener.

–Diría que no debía agradecerseme, puesto que quien cumple un deber, en el hecho lleva la recompensa.

## XII. LA INDUSTRIA DEL VALLE

Tras de la Escuela se concluyeron las fábricas; las minas producían mucho hierro y mucho carbón, y se montó el alto horno. El terreno del Valle y de los contornos fue comprado por el señor Sandoval y lo plantó de viña; se canalizó el río y se le sangró de tantos modos como fue necesario para regar todo el planteo de cepas y las huertas; se hicieron las bodegas, las fábricas de envases de toda clase; se montaron en toda su extensión las industrias vinicultora y viticultora; hasta se hizo un ferrocarril de vía estrecha que empalmaba con la línea general del Norte. Se transformó por completo el Valle; sobraba trabajo, había por todas partes riquezas; y la Escuela, a donde infantes y adultos, hombres y mujeres, todos acudían, no a transformarse en sabios, sino en seres útiles a sus semejantes, había hecho y seguía haciendo mucho bien, proporcionando la educación integral. No había miseria, ni había quien viviera del préstamo ni se dedicara a

la usura; todos trabajaban, salvo los ancianos, enfermos o niños; el estado moral no podía ser mejor; el crimen estaba proscrito del Valle de...

¡Que transformación había sufrido este *rinconcito* de tierra desde la llegada de Sandoval! ¡Habría quién dude que era entrañablemente querido! Gracias, sin embargo, a su energía, y sobre todo, a los conocimientos que difundía la Escuela, la estimación general que todos los vecinos del valle le profesaban, no degeneró en idolatría. «El hombre, –decía Sandoval–, no debe ser ingrato, como no debe ser indigno.» «La ingratitud es una infamia; la adoración es una indignidad.» «Entre la infamia y la indignidad está el respeto a la personalidad humana, y la primera que debe el hombre respetar y defender es la suya propia.»

«El hombre que se arrodilla ante *algo*, es un miserable; el que desprecia al microscópico corpúsculo, es un idiota.» «Los que quieran ser estimados de sus semejantes deben ser hombres dignos, es decir, ilustrados, trabajadores honrados y modestos.» Solía decir con gran frecuencia. «La soberbia es el más abominable de los pecados. Huid del soberbio como de un apestado, porque ese tiene en sí todas las indignidades juntas.» Y como Sandoval predicaba además con el ejemplo, sus especiales teorías morales eran, no sólo escuchadas, sino practicadas escrupulosamente.

Otro tanto ocurría en el orden económico. Los productos agrícolas, los industriales, los de las minas, se exportaban a

diversas zonas. Los encargados de darlos a conocer en todas partes, jóvenes ilustrados del valle, educados en la famosa «Escuela» para estas y otras ocupaciones en que sobresalían sus aptitudes, cumplían su cometido a maravilla. El Centro de correspondencia de toda la industria del Valle servía de intermediario entre los encargados o representantes referidos y los especiales de cada agrupación de productores; y de ésta forma sencilla, todos los pedidos de mercancías que se hacían al Valle de... se expedían pronto y bien.

Todavía le fue necesaria mayor eficacia y celo a Sandoval para hacer comprensible y práctico a los productores del valle, su teoría de la abolición del salario.

«La retribución del trabajo, –les dijo Sandoval–, es una relación humana, y como todas, puede ser justa o injusta.

»La retribución del trabajo, es la primera y más grande de las cuestiones que pueden ventilar los humanos.

»El salario es el signo de la esclavitud del trabajador, y por tanto un modo injusto e inmoral de retribuir el trabajo.»

–¿Cuál es, entonces, el modo justo, de retribuir el trabajo?  
–Le interpelaron.

–La valoración, apreciada por vosotros mismos, del esfuerzo individual que cada uno habéis empleado en la realización más o menos artística del producto.

Algo abstrusa les pareció la contestación a los productores del valle, pero la «Escuela», aquella poderosísima auxiliar de Sandoval, popularizó la teoría y la presentó fácil y sumamente práctica, en términos, que el asunto se convirtió en trivial y sencillo. Cada oficio, de los que existían en el Valle, se reunía en asambleas periódicas y apreciaba el valor del trabajo de cada uno de sus individuos, y durante el plazo ya determinado, esta valoración calculada de un modo uniforme en el fondo, pero diverso y vario en la forma, según la índole, naturaleza de cada trabajo y aptitud de cada trabajador, era la que apreciaba el esfuerzo empleado por cada individuo en la elaboración del producto.

Cuando éste necesitaba para producirse el concurso de uno o más oficios similares, cada uno remitía la valuación pericial de su trabajo a la Comisión de correspondencia, y ésta, agregando el coste de la primera materia empleada y los demás necesarios, y ya científicamente determinados de antemano para realizar el producto sin otro aumento por razón de utilidades ni beneficios, –en el Valle se produce a precio de coste–, fijaba el valor total de la cosa, que resultaba siempre en el mercado infinitamente más barata que todos sus similares.

Este valor oscilaba con frecuencia y aun tendiendo siempre a la baja, no por depreciación del producto, sino por mejoramiento en la manipulación, sin que el valor del trabajo hubiera disminuido.

El estancamiento de los productos, en los años que llevaba establecida la *Sociedad colectiva del Valle de...* no se había presentado; y como la Comisión de correspondencia era además *Centro de Estadística*, con los datos que suministraba periódicamente a cada uno de los oficios que componían el organismo, éstos determinaban, con relación a la demanda, la producción.

Por mayor o menor demanda, no se alteraban los valores de los productos.

La «Escuela», sin la que el problema intentado y realizado por Sandoval no hubiera tenido solución, por mucho que hubiera sido su capital y tiránicos los medios que al efecto emplease, que sirvió no sólo para dotar de conocimientos morales y económicos a los vecinos del valle y de doctrinas exactas acerca del Arte y de la Ciencia en todas sus múltiples manifestaciones; que les había dado especialísimas teorías referentes a la dignidad e individualidad humanas, no había podido conseguir que los vecinos del Valle de... dejaran de considerar a Sandoval como dueño de todo cuanto en él existía y se producía.

La «Escuela» combatía estas creencias de un modo indirecto, explanando teorías económicas y conceptos morales que combatían el *individualismo* encarnado en la conciencia y en el sentimiento de sus oyentes, y lo eran todos los del valle en lo referente a considerar a Sandoval como propietario de todo; pero no podía conseguir tan

fácilmente, como había conseguido hacer comprensible otras teorías más difíciles y abstractas, la de que todos ellos eran condueños a título de porción usufructuaria de la tierra, las fábricas y las máquinas, etc., propietarios individualmente del producto íntegro de su trabajo.

Y no era por falta de comprensión, sino por sobra de delicadeza y agradecimiento. A las resistencias de los vecinos del valle contestaba Sandoval:

–Estáis equivocados. La tierra, las minas, las fábricas, no son mías ni vuestras; están a disposición de todos lo que queramos trabajar en ellas y hacerlas producir. Tenemos todos los hombres en condominio usufructuario meramente personal; no podemos cederle ni arrendarle; el único acto de dominio, que podemos realizar libremente es el de *uso*. Nuestra única propiedad, en su perfecto sentido jurídico, es el *producto íntegro de nuestro trabajo*.

«Por eso habréis observado que yo cobro y gasto, como tengo por conveniente, lo que gano; pero nada disponemos ni vosotros ni yo de lo que tenemos en usufructo». Los oyentes callaban, no convencidos aunque sí deseosos de no molestar a Sandoval.

La «Escuela», coadyuvando estos nobilísimos esfuerzos, les definía y distinguía jurídicamente las personalidades, que por virtud de los hechos mencionados coexistían en el valle, diciéndoles:

«En este rincón coexisten con las diversas personalidades humanas o habitantes del Valle de... la social compuesta de la *Sociedad colectiva*, que usufructúa y produce cuanto se fabrica en él; constituida por cuanto a la producción contribuimos, ya manual, ya intelectualmente.

«Por el mero hecho de ser hombres tenemos parte proindivisa en la tierra, suelo y subsuelo, en las minas y en las fábricas; más para tenerla en los productos, necesitamos haber dedicado nuestros esfuerzos para crearlos; y así como esto es puramente individual, la percepción, para ser justa, debe ser también individual».

Las gentes del valle, percibían exactamente la teoría, pero la transformación a que debían su bienestar no la concebían sin la personalidad de Sandoval ni el capital que aportó para ello.

Sandoval confiaba sin embargo, en que la «Escuela» y el tiempo, lo conseguirían.

### XIII. LA CONFESIÓN

La «Escuela», no sólo dio más cultura y desarrollo a las facultades morales y materiales de los vecinos del valle, sino que, mejorando las costumbres, aumentó sus necesidades intelectuales, muy especialmente en lo referente a la estética.

Cada familia tenía su hogar, como sabemos; pero todas comenzaron por hallarlos antihigiénicos y opuestos a las reglas prescritas por los profesores de la «Escuela»; estrechos, mal ventilados y horriblemente feos; y como tenían numerario sobrante y no abrigaban temor de que les faltase trabajo, y a mayor abundamiento estaban alimentados y disfrutaban grandísima salud, comenzaron unos, y a estos siguieron otros, por derribar sus antiguas viviendas y edificar otras en que la higiene y el arte campeaban y embellecían las antiguas alamedas del valle.

Sucedió con esta evolución que aquello parecía un verdadero paraíso y que si las casas eran bellísimas exteriormente, no lo eran menos en el interior, además de estar aireadas y ventiladas como lo exige la salud pública.

La transformación del Valle no había podido ser más radical ni llevarse a cabo más felizmente.

Sandoval había conseguido, en pocos años, crear costumbres e intereses. El tiempo haría lo demás. La prosperidad era cada vez más creciente; el bienestar aumentaba, y la fecundidad proverbial de las mujeres del Valle no había disminuido; su población, por consiguiente, había aumentado de un modo notable.

Una mañana no se levantó, como de costumbre, Mariona. Sandoval, que seguía en su compañía, se alarmó, pidió permiso para verla en su lecho, y claro está, no le fue negado.

¿Qué tenía Mariona? Nada. Pereza acaso; estaba débil; no se sentía bien. El día anterior había trajinado mucho en la casa; pero todo ello no era nada; no había que alarmarse.

Sandoval la tomó el pulso, y aunque asintió a las manifestaciones de Mariona, no debió creerla, porque no salió de la casa en todo el día, e hizo llamar al médico, y éste reconoció a Mariona.

—No es nada, —dijo; recetó y salió del aposento de la enferma con faz alegre y risueña. Sandoval le interrogó con

la mirada. El doctor le contestó con otra en que claramente se leía;

¡No hay remedio humano!

–No es cosa que sucederá inmediatamente, señor Sandoval, –le murmuró al oído–, pero la solución del problema es fatal, la edad, los muchos hijos, la ausencia acaso del tan llorado Pensativo; todas estas concausas han ido destruyendo esta naturaleza privilegiada. ¡La medicina no construye organismos!

Sandoval debía de sufrir mucho; en menos de una semana encaneció totalmente. Mariona, que lo observó le dijo riendo un día.

–Parece que es usted y no yo el enfermo.

–Pues me siento bien.

–No lo dudo; pero las apariencias indican lo contrario.

Ni el marido de Mariona ni sus hijos sospecharon lo grave de su enfermedad; a fuerza de cuidados y ternezas de éstos, de sus nueras y de sus nietecillos que revoloteaban alrededor de su cama, y sobre todo de la llegada de la primavera, mejoró algo y pudo abandonar el lecho primero, después apoyada en el brazo de Sandoval, dar algunos paseos por las alamedas del valle.

Un día, sentados ambos en una eminencia desde donde se dominaba todo él, dijo Mariona contemplándole:

–Si mi Pensativo resucitase no conocería el sitio donde vio la luz primera.

–¿No le espera usted ya? –replicó Sandoval.

–¡Ay! yo le espero siempre, pero temo llegue tarde!

–¡Tarde!

–Sí, porque cuando llegue yo habré dejado de existir.

–¿Y quién piensa en eso?

–Yo, hace algún tiempo.

–¿Y por qué tan tristes pensamientos?

–Porque tengo más tristes realidades.

–¡Tristes realidades!

–Sí, muy tristes, muy tristes.

Y prorrumpió en acerbo llanto.

–Estamos solos, –prosiguió pasado un minuto y con resuelta actitud–, y puedo decirte toda la amargura de mí

pena. ¡Tú... eres mi Pensativo!... ¡mi hijo!... y sin embargo, no puedo... creo que no puedo decirlo en voz alta.

–Sí, madre, sí; yo soy Pensativo; yo soy el hijo tan llorado por usted, –dijo con voz balbuciente Sandoval.

–Hace mucho tiempo que tengo ese convencimiento, pero ¡cuánto sufro por ello!

–¿Por qué?

–¿Y me lo preguntas?... ¿Cuando un hijo oculta su nombre hasta a su misma madre; cuál será la que se atreva a reconocerlo?...

Había tanta amargura, tan profundo dolor en las frases de Mariona, que Pensativo se arrodilló a sus pies, sollozando y diciendo con frase entrecortada:

–¡Oh, madre mía! ¡Perdón! ¡Perdón!

Mariona abrazó la nevada cabeza de su hijo y un tanto alarmada, dijo:

–Perdón; hijo mío perdón; ¿y de qué?

–Del daño que sin advertirlo la he causado.

–¿De nada más tienes que arrepentirte? –exclamó severa Mariona.

–De nada más, madre mía; de nada más... –y reflexionando un momento, dijo: –al menos, madre, mi conciencia no me acusa de nada más.

Mariona, contemplaba con éxtasis a su hijo arrodillado a sus pies, y a la vez que jugaba con sus cabellos, con la mayor dulzura le dijo, con acento en que el temor y la duda se revelaban.

–¡De nada más, hijo mío!

–¡De nada más, madre! –repuso con altivez Sandoval, –y mi conciencia, –añadió–, no está encallecida; he procurado y procuro tenerla cada día más viva y cada vez más despierta.

–¡Ay, hijo mío! ¡qué consuelo me dan tus palabras! ¡Qué consuelo tan grande! ¡tú no te lo puedes figurar!

–¡Pero, madre!... –exclamó sorprendido Sandoval.

–¡Hijo!... ¡eres tan rico!...

No hay modo de dar a conocer el acento de Mariona al pronunciar esta frase.

Pensativo, se agitó, siempre arrodillado ante su madre, convulsivamente primero, y luego reclinó su cabeza en su seno, prorrumpiendo en ahogados y profundos sollozos. Mariona también lloraba y, como su hijo, parecía ocultar su rostro en su pecho, con su brazo izquierdo abrazaba su

cabeza, y con su mano derecha peinaba maquinalmente el cabello de aquel Pensativo, tan llorado y tan querido.

La actitud de Mariona era la de la madre bondadosa, que acoge frenética su hijo pródigo, a la vez que la de la leona defendiendo a sus cachorros.

Pasado un rato, Pensativo dijo:

–Madre, yo que no me confieso a ningún hombre, quiero confesarme a usted.

–No deseo otra cosa, hijo, ¡cuéntame tu vida!

Pensativo refirió seguidamente a su madre sus relaciones con el príncipe ruso, sus amistades, la instrucción que le había procurado, ya con maestros, ya con viajes.

–Tan excelente hombre, –dijo–, fue más que mi protector mi padre intelectual.

Refirió después una serie de luchas gigantescas, en todas las regiones, en todos los países, en todas las latitudes en favor de la libertad del hombre, de la emancipación, de la glorificación de la humanidad.

Pensativo se había batido en Polonia, en Italia, en Francia, en Rusia, en América, en todas partes, por la libertad y en contra de los tiranos; ¡era un escapado de la libertad! allí había perdido a su amigo, a su padre intelectual, en medio

de los más crueles sufrimientos, que al instituirle heredero de cuantiosísimas riquezas no le había exigido nada; pero a quien él había prometido usufructuarlas, dedicándolas todas al bien de sus semejantes y a su emancipación social...

–¿De modo, hijo mío, que todas esas riquezas son tuyas?...

–No, madre, son de todos los hombres mis semejantes.

–Sí, sí... pero quiero decir, si las adquiriste legítimamente.

–Del modo más legítimo que hoy puede darse; pero yo condicioné la adquisición, en la forma dicha, siguiendo las prescripciones de mi conciencia.

–¡Ah! pues siendo así, Pensativo mío, ¡déjame que te bese una y mil veces!... ¡Bendito, bendito, bendito seas, hijo mío!

Y Mariona besaba delirante la cabeza de su hijo, y sus ojos, y su frente, y su boca.

–¡Oh, hijo mío! –exclamaba–, ¡si tenía una sed rabiosa de besarte! ¡Si el no besarte era mi muerte!

Luego, cogiéndole con ambas manos la frente y levantando la cabeza de su hijo, como observase sus canas prematuras, decía. ¡Pobrecito mío! ¡qué encanecidas están! ¡has sufrido tanto! ¡siempre amenazado de muerte! ¡hijo de mis entrañas! ¡siempre luchando! ¡pareces un viejo! ¡estás más viejo que yo!... y Pensativo lloraba sin articular palabra. De

sus ojos salían abundantes lágrimas, que Mariona, a besos, absorbía ávidamente, diciéndole, como cuando pequeñito le mecía en su regazo. ¡No llores, hijito!... ¡no llores más! Y como su hijo no podía contener su llanto, Mariona, con inexplicable acento maternal, le dijo:

–¡Es que no quiero que llores más!

Las caricias, las ternezas de la madre a su hijo fueron tantas, que Pensativo se tranquilizó, y no sin gran esfuerzo pudo exhalar, mejor que decir, las siguientes frases:

–¡Treinta años há, madre mía, que estaba necesitado de llorar!

–¡Vaya, pues tranquilízate, hijito! ¡tranquilízate! o llora o ríe; haz lo que quieras, hijo mío... Vamos, ¡si estoy loquita!

Larga y solemne pausa siguió a esta escena; Mariona manifestó deseos de regresar a su casa; y su hijo, ya repuesto, como hombre acostumbrado a sufrir rudas pruebas, la dio el brazo para que se apoyase en él.

–¡Qué feliz soy ahora! –dijo al comenzar a andar.

–¡Y yo, madre! ¡Y yo! –contestó Sandoval.

–¿Pensativo, hijo mío, puedo darte ya este nombre ante todos? –le dijo Mariona.

Pensativo dudó, y dijo:

–Usted decidirá después de oírme.

La conversación que siguió fue tan íntima y dicha tan en voz baja, que el narrador de esta pequeña historia no la oyó, y por ello se halla imposibilitado de referirla; sólo sabe que Mariona dijo:

–Tienes mucha razón, hijo mío; debes terminar tu obra; no conviene, por ahora, que te conozcan... Me contendré... ¡Ni aun a tu padre le diré que eres su hijo!... ¡Mucho me costará renunciar a la embriagadora dicha de abrazarte y besarte en público!... como corresponde a una madre, que al cabo de treinta años, halla a su hijo ilustrado, rico y verdaderamente grande.

¡Si supieras a cuánta vanidad renuncio al conservar tu secreto!... Es preciso ser madre, hijo mío, para conocer lo que cuesta renunciar a interrumpir a las multitudes cuando te bendicen, diciéndolas; ¡es mi hijo!

–Si tanto valor da usted a esa satisfacción, madre, no renuncie a ella.

–No, no, hijo, mío; comprendo tu abnegación y aplaudo tus propósitos. Me basta con saber que eres mi hijo y que eres honrado.

## XIV. LA MADRE Y EL HIJO ENFERMOS

Mariona y Sandoval llegaron a su casa, y, cosa extraña, quien los hubiese observado hubiera creído hallar mayor fatiga, más decaimiento de fuerzas en el hijo que en la madre; afortunadamente no hubo quien tal notara.

Desde aquel día Mariona estaba más alegre; parecía que mejoraba; pero el médico dijo a Sandoval:

–Rarezas de las enfermedades; el más pequeño accidente señalará un grandísimo retroceso.

Los negocios fabriles e industriales del Valle de... iban cada día mejor. Las fábricas no daban abasto a los pedidos; el alto horno y las minas no cesaban un solo momento; el mineral, la hulla y los lingotes y los vinos tenían ya nombre en el mercado y eran muy solicitados; la administración del todo era cada vez mejor comprendida y practicada, y los

trabajadores percibían el producto íntegro de su trabajo. Todo marchaba armónicamente, es decir, bien; el mecanismo era ya perfectamente comprendido por todos, y no había ni un solo vago, ni un vicioso en todo el valle.

–¡Qué diferencia de ayer a hoy! –decían sus habitantes!

¿Con tales elementos de riqueza en este suelo, cómo hemos podido vivir tan miserablemente?... –La ignorancia era la causa de todo, –respondía Sandoval.

La Escuela, por su parte, no cesaba en sus funciones, y con la excelente biblioteca de la misma, no había conocimiento ignorado ni idea nueva desconocida en el valle, dando lugar este cultivo de la inteligencia a la demostración de muchas y variadas disposiciones y aptitudes en sus habitantes, por virtud de lo que aumentaba el caudal colectivo de ciencia y fuerza de los antes rudos campesinos.

Sandoval decaía visiblemente en su salud; cierto que ya no era necesaria como antes lo fue su incansable actividad y asiduidad incesante; las cosas marchaban por su propia virtualidad; pero a necesitarse, el médico aseguraba que no hubiera podido resistirlo...

–¿Está enfermo? –le preguntaban.

–De suma gravedad, –respondía.

–¿Pero sanará? –Le objetaban los más impacientes.

-No creo...

-¡Qué dice usted, señor! -le dijeron en el colmo de la estupefacción y de la angustia los que le oyeron.

-Es preciso que el Sr. Sandoval no observe ni conozca nada; esto le mataría más pronto.

Doy a ustedes este pronóstico para que no les sorprenda cualquier acontecimiento, pero les prohíbo divulgarlo, si es que estiman al Sr. Sandoval.

No pudo el doctor sellar de mejor manera aquellas bocas.

Recomendó el médico, algunos días después, a Sandoval, distracciones y viajes de recreo; pero éste rechazó la proposición. ¡Cómo separarse de su madre cuyo fallecimiento esperaban de un momento a otro!

Con la entrada del invierno, Pensativo empeoró; su inapetencia, que era ya muy grande, la fatiga y el cansancio le abrumaban; caminaba lentamente; sus cabellos y su barba eran totalmente blancos.

Mariona le dijo un día a solas:

-¡Tu estás más enfermo que yo, hijo!

-Enfermo no, pero cansado sí, madre.

-Las luchas en que has intervenido, los sobresaltos que has

sufrido, las prisiones, y sobre todo, ese infierno de Siberia, te han hecho mucho daño.

–Bien puede ser; pero no me duele nada; sin la fatiga, que algunas veces me roba actividad y sueño, estaría perfectamente bien; en llegando la primavera me repondré; ¡es muy intenso el frío este invierno!

–Sí lo es, hijo, pero yo entiendo que a nosotros nos va faltando el calor de la vida.

Era ciertamente muy riguroso el invierno, pero lo que había de cierto en el caso, era lo que decía el doctor:

–Mariona y Sandoval se nos van.

## **XV. MUERTE DE SANDOVAL**

Los asuntos del Valle iban bien: las dificultades y rozamientos naturales, en tan complicado organismo productor, se resolvían en donde surgían, ya en las Asambleas de las agrupaciones de oficios, ya en las generales, que, todas reunidas, celebraban mensualmente. Sandoval, que por su débil estado no podía asistir a ellas, gozaba los momentos más felices de su vida cuando le participaban tales sucesos.

–La idea ya está encarnada; el tiempo hará lo demás, –solía decir.

No había entorpecimiento ni dificultad que impidiera el desarrollo y prosperidad del Valle. Esto le hacía exclamar:

–En otros lugares hago falta... pero ¿y mi madre? Cuando llegue la primavera veremos, –solía decirse también.

Mariona había decaído mucho; no era, según opinión de sus convecinos, ¡ni su sombra! y esperaba mejorar, como su hijo, con la llegada de la primavera.

Optimismo de todos los enfermos; pero mayor si cabe de los enfermos de gravedad.

Las nueras de Mariona, de quien era sumamente querida, la asistían personal y semanalmente, –hubo de adoptarse este temperamento para acallar todas las susceptibilidades–, y una mañana, la que estuvo de turno al llevarla a la cama su desayuno habitual, la dijo:

–Madre, qué perezoso está hoy el Sr. Sandoval.

–¿No se ha levantado? –dijo algún tanto inquieta.

–Aun no, –contestó la interpelada.

–¿No?... Llégate a su cuarto y llámale.

La nuera de Mariona así lo hizo, pero nadie contestó. Tentaciones tuvo de empujar la puerta, que estaba entornada, y entrar en la habitación, pero se abstuvo, y volvió diciendo:

–Madre, está tan dormido que no me oye.

Mariona, toda alarmada, se incorporó en el lecho y la

ordenó entrarse en el cuarto del Sr. Sandoval y le llamase. Así lo hizo la joven, y aunque llamó a Sandoval, éste no contestó.

Se acercó al lecho, y en el estaba con los ojos abiertos, aunque fijos, y los brazos fuera de la ropa. Volvió a llamarle y obtuvo el mismo silencio.

Aunque con temor, se atrevió a mover a Sandoval, e involuntariamente tropezó en una de sus manos... ¡estaba helada! La joven exhaló un grito horrible y prorrumpió a llamar a su madre a gritos.

–¡Madre, madre, el Sr. Sandoval está muerto!

Antes de que terminase la frase ya estaba Mariona a su lado, que con voz ronca y lúgubre decía:

–¿Qué dices? ¿Mi hijo, mi Pensativo, está muerto? –y al acercarse al lecho donde se hallaba erguido el cadáver, gritó.  
–¡Hijo, hijo mío! despierta que es tu madre quien te llama.  
¡Despierta, hijo!

A los gritos de ambas mujeres acudió más gente, y entre ellos el médico, que examinó el cadáver.

–Lo que temía; ha muerto a causa de la aneurisma del corazón.

–¡Ha muerto mi hijo! No, eso no puede ser si vivo yo,  
–exclamó Mariona.

–Desgraciadamente, es verdad, –contestó el doctor.

Mariona vaciló y hubiera caído al suelo, si oportunamente no la hubiera recogido en sus brazos su nuera.

–Esa señora a la cama, –dijo el doctor, y a ella fue llevada completamente desvanecida.

## **XVI. MUERTE DE MARIONA**

La noticia del fallecimiento de Sandoval circuló rápidamente. Todo el Valle se puso en conmoción. Los trabajos se suspendieron. La casa de Mariona se vió asediada.

Mariona, aquella pobre madre dolorida y casi espirante, no volvió de su desmayo hasta una hora después; pero su estado era de suma gravedad, según el doctor.

Rodeaba el lecho la numerosa familia, sumamente acongojada por los acontecimientos. Con más fuerza de voluntad que física, Mariona buscó hasta hallar la mirada de su marido que se hallaba a su cabecera llorando como un niño, y tendiéndole su mano, con apenas perceptible acento, le dijo:

–Llora, sí, pobre Pedro, llora, se ha muerto Pensativo... ¡nuestro hijo!

–¡¿Pero Sandoval era mi hijo?! –balbuceó el anciano.

–Sí, Pedro, sí.

–¿Luego, tú lo sabías?...

–Sí. ¡Perdóname, Pedro mío! Es el único secreto que he tenido para ti. Pensativo tenía proyectos muy grandes... pero las leyes civiles le impedían realizarlos. Quería el bien de sus semejantes; necesitaba para ello de facultades que la legislación le negaba y a sus fines convenía aparecer sus herederos forzosos, para realizarlos bien y cumplidamente. He ahí la causa de mi secreto.

–Ha muerto antes de terminar su obra... y yo que por él vivía... dejaré de existir bien pronto...

–¿Y que va a ser de mí, María, si tú te mueres?...

–Mariona quiso... pero no pudo contestar; apretó convulsivamente su mano y le envió su último aliento. Al breve rato había dejado de existir.

En un mismo día y a una misma hora, la madre y el hijo fueron sepultados en el cementerio del valle. Tales sucesos causaron grandísimo efecto en el valle y todos sus contornos.

El duelo fue general. ¡Eran la madre y el hijo tan querido de todos!

Las gentes del Valle sentían la desaparición de Sandoval y la sentían con toda verdad; no habían recibido de él sino beneficios; así es que, pasados que fueron algunos días que dedicaron al recogimiento y a conmemorar sus virtudes, los trabajos comenzaron en todas partes con el vigor de costumbre, y así siguieron algunos meses sin que se notara el menor rozamiento ni surgiera la más pequeña falta en aquel conjunto extraordinario de organismos productores.

Todo marchaba bien. La sombra de Sandoval les acompañaba en todas sus empresas, decían.

Un día se presentó un funcionario público, e inquirió, preguntó y escribió; y de sus resultas el fisco intentó incautarse de toda la riqueza agrícola y fabril que en el Valle existía. Sandoval no había dejado testamento alguno.

–Si Sandoval no tenía herederos, ustedes saben que aquellos bienes deberían ser considerados como mostrencos y pasar al Estado: pero a pesar de los instintos de codicia que al denunciador guiaban, resultó del juicio de *ab intestato*, que Sandoval no era otro que *Pensativo*, y éste tenía heredero forzoso en su padre, a quien se le adjudicó toda la masa de bienes que resultó liquidada.

Andando el tiempo éstos se partirán entre sus hijos, nietos

y demás descendientes, con lo que el nobilísimo sacrificio del hijo de Mariona y aun de esta misma habrá resultado estéril, y observen ustedes que será debido tan desdichado suceso, no a la ignorancia de los hombres, no a extravíos pasionales de los mismos, no a la irrealización del ideal filosófico–económico, no; sencillamente a la deficiencia legal.

Y no hay que recriminar individualmente a nadie por ella, aunque sí de un modo general a cuantos se empeñan en moldear la sociedad moderna en leyes propias de otros tiempos y otras necesidades, y olvidándose de las evoluciones naturales del progreso, se asustan de toda innovación en el terreno meramente especulativo y resisten a todo hecho práctico.

El cuento, señores, ya está terminado; y a modo de sainetero pido humildemente perdón por sus muchas faltas; más antes de despedirnos, ruego a ustedes mediten sobre la siguiente pregunta:

–¿Quién sirve mejor a la Humanidad, aquellos hombres que mediante las inflexibles deducciones de las teorías científicas la empujan hacia adelante, o aquellos que, por sus cortos alcances, o quizás por sus egoístas fines se empeñan en detener los movimientos iniciales del Progreso?

Centro de Amigos de Reus,  
*Primer Certamen Socialista, 1885.*

## APÉNDICE:

### **PENSATIVO DE SERRANO OTEIZA, EJEMPLO DE LITERATURA ANARQUISTA**

Manuel Morales Muñoz<sup>5</sup>

En 1893 J. Llunas, en su prólogo al *Justo Vives* de A. Lorenzo, precisaba los rasgos de que debía participar la “literatura obrerista”<sup>6</sup> frente a la literatura social de los

---

5 Con ligeras modificaciones este trabajo fue presentado en el Coloquio Internacional “Peuple, mouvement ouvrier, culture dans l’Espagne Contemporaine”, organizado por la Universidad de Paris, VIII-Saint Denis, los días 28, 29 y 30 de enero de 1988.

6 JOSÉ LLUNAS, “Literatura obrerista”, prólogo a ANSELMO

llamados años más tarde, *por Azorín*, “anarquistas literarios”<sup>7</sup>. Más recientemente estudios como los de Clara E. Lida, Pérez de la Dehesa y otros<sup>8</sup> han venido a mostrar la riqueza de esa literatura que llenaba buena parte del “universo lector”<sup>9</sup> de la clase obrera española con sus libros de memorias, ensayos doctrinales, cuentos, novelas o poemas.

Una obra de singular significado dentro de esta literatura es *Pensativo*, novela de Juan Serrano Oteiza (1837–1886) premiada en el *Primer Certamen Socialista* de 1888<sup>10</sup>. Y ello

---

LORENZO, Justo Vives. Episodio dramático social, Barcelona, 1893.

7 JOSÉ MARTÍNEZ RUIZ (AZORÍN), *Anarquistas literarios*, Madrid, 1895.

8 RAFAEL PÉREZ DE LA DEHESA, est. prel. a F. URALES, *La evolución de la filosofía en España*, Ed. de Cultura Popular, Barcelona, 1968, pp. 9-71; CLARA E, LIDA, “Literatura anarquista y anarquismos literario”, NRFH, 19 (1970), 360-381; PAUL AUBERT et al, *Anarquismo y poesía en Cádiz bajo la Restauración*, Ayuntamiento de Córdoba (España), 1986, 216 pp.

9 JOSÉ CARLOS MAINER, “Notas sobre la lectura obrera en España 1890-1930” en *Teoría y práctica del movimiento obrero en España* (1900-1936), ed. Fernando Torres, Valencia, 1977, pp. 173-239; y JEAN-FRANÇOIS BOTREL, *Pour une histoire littéraire de l'Espagne* (1868-1114), tesis de Estado, Atelier National de Reproduction des These, Lille, 1985.

10 Centro de Amigos de Reus, *Primer Certamen Socialista 1885*, Imp. de Pedro Ortega, Barcelona, 1885, XII, 576 pp., véanse especialmente la” pp. 469-511. Una primera aproximación al Certamen en MANUEL MORALES MUÑOZ, “Cultura y utopía en el Primer Certamen Socialista (1885.” (comunicación presentada en el Coloquio Internacional “Las tradiciones culturales del anarquismo español”, International Instituut voor Sociale

tanto por su valor científico-literario como por el discurso ideológico subyacente. De un lado, impregnada por las nuevas corrientes filosófico-científicas y literarias de esos años, presenta notables rasgos de la novela naturalista, al tiempo que desprende un halo cientifista, una búsqueda de la verdad a través de la reflexión, como anuncia la misma fisiología del personaje central que, por extensión, da nombre a la obra: *Pensativo*. De otro lado, con ella, Serrano Oteiza trata de ilustrar al campesinado, a la clase obrera, sobre la realidad social en que vive: hambre, miseria, ignorancia, etc.; a la par que le presenta los medios para transformar esa realidad: organización, solidaridad, fe en la instrucción y en el progreso y, por último, el colectivismo como forma de organización económica de la sociedad futura. Esto en momentos en los que la Federación de Trabajadores de la Región Española (FTRE), con más del 40 por ciento de sus efectivos procedentes del campesinado, se debate entre colectivistas y anarco-comunistas<sup>11</sup>.

Nos encontramos, pues, ante un ejemplo de lo que

---

Geschiedenis, Ámsterdam, 1-4 de junio de 1988).

11 Las cifras de las diferentes Uniones de Oficios en las Actas del Congreso de la Federación de Trabajadores de la Región Española, celebrado en Sevilla los días 24-26 de septiembre de 1882, Barcelona, 1882, pp. 64-73. La polémica entre colectivistas y anarco-comunistas puede seguirse en MAX NETTLAU, *La Première Internationale en Espagne* (1888-1888), D. Reidel, Dordrecht, 1969, pp. 397-505 y JOSÉ ÁLVAREZ JUNCO, *La ideología política del anarquismo español* (1918-1910), Siglo XXI, Madrid, 1976, pp. 341-374.

podemos denominar literatura anarquista o militante, siguiendo los parámetros enunciados por Clara E. Lida y Madeleine Reberioux<sup>12</sup>.

## EL AUTOR

¿Quién era Serrano Oteiza? Nacido en Madrid el 6 de mayo de 1837, abaniquero de profesión como su padre, pronto mostró sus inquietudes culturales. Durante los años cincuenta y sesenta es miembro de la Velada de Artistas, después Fomento de las Artes, donde ocupará el cargo de 1<sup>er</sup> Secretario. En 1866 toma parte en los disturbios de junio, y en 1869, lo encontramos formando parte del núcleo madrileño de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Este mismo año publica una serie de ensayos reunidos bajo el título genérico de *Cuatro sociales*, destinando el producto de su venta a la redención de quintos en Sabiote, provincia de Granada<sup>13</sup>.

Durante el sexenio democrático y los primeros años de la

---

12 CLARA E. LIDA, op. cit. ; MADELEINE REBERIOUX, "Culture et militantisme", *Le Mouvement Social*, 1975, núm. 91, 3-12.

13 *La Idea Libre. Revista Sociológica*, Madrid, 1895, núm. 67, p. 1.

Restauración prodiga su actividad como periodista y literato. Sus artículos aparecen en *La Voz de la Juventud*, revista científica y literaria de Madrid que dirige él mismo, en *La Fraternidad* (1870) de Úbeda, *El Condenado* (1887–1884) de Madrid, y *El Orden* (1875–1878) que redacta clandestinamente junto con T. González Morago<sup>14</sup>. Al mismo tiempo da a conocer *El problema constituyente*, conjunto de estudios críticos aparecidos en 1873; *El pecado de Caín*, novela publicada en Alicante en 1878 y, posteriormente, en forma de entregas en la *Revista Social* desde el 11 de junio de 1881. En estos mismos años, como redactor de la *Gaceta de Registradores y Notarios* y del *Anuario Legislador Español*, publica diversas ediciones anotadas y concordadas de manuales y códigos jurídicos, entre otros el *Novísimo Código de Comercio, anotado con la jurisprudencia del Supremo...*, que aparece en Madrid en 1885<sup>15</sup>.

Con la legalización de las organizaciones obreras en 1881 el anarquismo español da muestras de renovada actividad. Ese año se constituye la FTRE y en los meses siguientes se multiplican los órganos de prensa. Uno de éstos es la *Revista Social* de la que Serrano Oteiza es redactor y director entre

---

14 *Bandera Social*, Madrid, 1886, núm. 58.

15 LILY LITVAK, *Musa libertaria; Arte. literatura y vida cultural del anarquismo nípñol* (1880-1913), Bosc, Barcelona, 1981. 280 pp., A. PALAU; *Manual del librero hispanoamericano. Bibliografía general española e hispanoamericana desde la imprenta hasta nuestros tiempos con el valor comercial de los impresos descritos*, Barcelona, 1969, t. 21, pp. 107-108.

1881 y 1887. Muy influida por nuestro autor, sus páginas se convierten en instrumento personal de sus planteamientos ideológicos. Entre junio y octubre de 1881 publica la serie “El Municipio del porvenir”, esbozo doctrinal de esa utópica sociedad que nos presenta en *Pensativo*. En los meses siguientes defiende la vida legalista de la FTRE y en 1885 acentúa sus críticas contra el anarco-comunismo, lo que le valdrá duras acusaciones<sup>16</sup>.

Paralelamente funda y dirige *La Silba*, semanario satírico del que sólo aparece el primer número en octubre de 1883. Publica diversas obras dramático-sociales como *La moral del progreso o la religión natural* (que, después de conocer dos ediciones en 1884 y 1888, aparece desde comienzos de 1895 en la *Unión Obrera*), *Miserias de la riqueza*, *Odios políticos*, *Historia de unas mujeres*, así como algunas comedias y juguetes cómicos: *El poeta y el mundo*, *Dos mujeres*, *Quien bien te quiere...*, y *Cupido sin alas*<sup>17</sup>.

Durante todo este periodo Juan Serrano Oteiza no abandona su actividad militante, asistiendo como delegado de la Federación madrileña a los congresos regionales de Sevilla (1882), Valencia (1883) y Madrid (1885) en el que redacta el manifiesto de Congreso tal como ya hiciera en Sevilla. Este último año se publica *Pensativo*. Al año

---

16 M, NETTLAU; op. cit, pp . 461-465.

17 *La Anarquía*, Madrid, 1890, núm. 16; y *La Idea Libre*, Madrid, 1895, núm. 67.

siguiente, el 26 de marzo, moría de apoplejía cerebral el más proudhoniano de los anarquistas españoles<sup>18</sup>.

### **PENSATIVO. HISTORIA DEL VALLE DE...**

¿Qué rasgos presenta la novela? ¿Cómo se vinculan literatura e ideología? Con el fin de dar respuesta a estas interrogantes, nuestro trabajo se va a centrar en tres aspectos fundamentales del discurso anarquista que se corresponden bastante fielmente con la estructura narrativa de *Pensativo* y con el curso de los acontecimientos históricos. Siguiendo la tipología enunciada por J. Álvarez Junco<sup>19</sup> hemos denominado a estos tres planos *crítica de la sociedad existente, toma de conciencia de Pensativo y organización de la sociedad futura*.

El primero, iniciado con una minuciosa narración de las duras condiciones de vida de una comunidad rural castellana que habita un lugar indeterminado, el Valle de..., a comienzos del reinado de Isabel II, tiene por objeto la crítica del sistema económico y moral. Allí lo que impera es la

---

18 M. NETTLAU, op. cit., pp. 379, 400-405, 440 ss. Sobre el proudhonismo de Serrano Oteiza véase J. ÁLVAREZ JUNCO. op. cit., pp. 349-350.

19 J. ÁLVAREZ JUNCO, op. cit.

pobreza, “el hambre”, la mendicidad, el trabajo sin descanso. Esto “en los buenos años, que en aquéllos en que la madre tierra [...] no producía ni lo que se había sembrado. entonces... entonces sólo había un medio para no desfallecer de miseria: la emigración”<sup>20</sup>. Conviene recordar en este sentido las típicas crisis de subsistencias del antiguo régimen que conoce el siglo XIX español<sup>21</sup>.

Pero las insuficiencias denunciadas en modo alguno se deben a carencias del marco físico: “un ameno y feracísimo valle” de excelente clima, “regado por un caudaloso río (con) varios saltos de agua. Tampoco se debe a la naturaleza de sus habitantes que, aunque “sin aspiraciones” y resignados, eran “pacíficos y honradísimos”, “de vigorosa constitución”, “prudentes, laboriosos y honrados”, respetuosos de sus padres y de las tradiciones, etcétera.

La miseria, el hambre, se presentan como el resultado ilógico de un cuerpo social individualista donde la propiedad estaba muy dividida, todos los vecinos tenían su pegujar, en el que priman la ignorancia y el peso de las creencias religiosas: “no había escuela, aunque sí Iglesia” –recuerda el

---

20 *Pensativo* en Primer Certamen Socialista 1885, p. 473.

21 JOSEP FONTANA, *Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX*, Ariel, Barcelona, 1973, 213 pp.; NICOLÁS SÁNCHEZ, ALBORNOZ, *España hace un siglo: una economía dual*, Alianza Editorial, Madrid, 1977, 183 pp.; y ANTONIO MIGUEL BERNAL, *La lucha por la tierra en la crisis del Antiguo Régimen*, Tauros, Madrid, 1977, 498 pp.

narrador omnisciente– para subrayar a continuación el papel de la Iglesia como conformadora del carácter moral de sus feligreses:

[...] los libros del señor cura consideraban como transitoria la estancia del hombre en la tierra, un valle de lágrimas el planeta, y predecían un más allá dichoso, feliz e imperecedero en la otra vida (*Pensativo*).

La actitud frente a la religión y la Iglesia no es sin embargo de condena absoluta, pues “gracias al señor cura [*Pensativo*] sabía leer correctamente y escribir con ortografía”, Las críticas se desprenden de una constante argumentación cientifista en la que el mal es siempre resultado de la ignorancia. Por ello los errores y creencias de la Iglesia deben ser combatidos mediante la instrucción, elevada a nuevo dogma de fe que ayudará a ganar en la tierra el paraíso predicado para la otra vida.

Sólo el personaje central, instruido como decíamos, escapa a la vida de resignación del valle. Desde las primeras páginas se advierte que *Pensativo* no se contenta con la sociedad en que vive. Joven de 14 años, solitario y reflexivo, como se desprende de su apelativo, estaba animado del deseo profundo de servir a la colectividad y de encontrar solución al problema de la miseria a pesar de que “no conocía la terrible frase de Malthus” sobre el desigual ritmo de crecimiento de la población y los alimentos. Con el paso del tiempo, será el apóstol laico que, propagando el ideal

colectivista, convierta al valle, en esa utópica sociedad ideal plena de felicidad.

El segundo punto, la *toma de conciencia de Pensativo*, corresponde a una forma más evolucionada del discurso y de las prácticas anarquistas. Aquí se dejan entrever ya las críticas a los poderes políticos, la condena de los privilegiados y la lucha por la emancipación social.

Las críticas al poder político se ejemplifican en la figura de un indiano (representación alegórica de la revolución de septiembre). Su “entrada triunfal” en el Valle, el clamor y las muestras de júbilo con que es acogido, recuerdan las expectativas populares de “la Gloriosa”. Pero estas esperanzas, como en los acontecimientos históricos, resultarán baldías. En un primer momento “algo cambió las condiciones económicas de los habitantes del valle” al convertirse en jornaleros del Indiano. Sin embargo, tan pronto como éste “se había construido su palacio” se encontraron de nuevo en la miseria. Los potenciales recursos del valle seguían sin explotarse, las rogativas se multiplicaban y, cómo no, también las muestras de adulación y sometimiento al Indiano.

Resultado de esta frustración es la emigración de Pensativo a Cuba. Allí sufre toda clase de calamidades, y conoce los horrores de la esclavitud. Allí toma conciencia de la realidad social con la “lectura de toda clase de periódicos y con el trato de unos trabajadores franceses que le enseñaron “el

idioma de Proudhon”. También conoce a un príncipe ruso, figuración impersonal de Kropotkin que “viajaba con un propósito científico”.

Convertido en “intérprete” del príncipe, su contacto se refleja no sólo en la personalidad de Pensativo, sino también en la situación de la gente del valle y de sus familiares que comenzaron a preocuparse por su educación y a frecuentar una escuela cercana por expreso deseo de éste.

Los años siguientes, marcados en toda Europa por la represión y la clandestinidad de la Asociación Internacional de los Trabajadores<sup>22</sup>, se describen con las luchas entabladas por ambos personajes “en todas las regiones, en todos los países, en todas las latitudes en favor de la libertad del hombre, de la emancipación, de la glorificación de la humanidad [...] en contra de los tiranos”. En tanto que esto sucede, en el valle se presiente cercana la llegada de Pensativo –¿alegoría simbólica de la revolución social?–, pero transcurrirán los meses y los años sin que dé señales de vida, y todo el mundo lo creerá muerto.

Llegamos así a la última fase del discurso, la de mayor contenido doctrinal. En ella tiene lugar la *organización de la sociedad futura*, de esa sociedad ideal en la que reina la

---

22 *La Première Internationale. L'Institution. L'Implantation. Le Rayonnement, Colloques Internationaux du Centre National de la Recherche Scientifique*, Sciences Humaines, Paris, 1964; Eds. du Centre National de la Recherche Scientifique, Paris, 1968, 495 pp.

libertad, la abundancia, la armonía. El artífice de este utópico proyecto no es otro que Pensativo, llegado al valle bajo el nombre de Luis Sandoval. Los pilares básicos en los que sustenta la transformación del valle son la instrucción y el colectivismo.

Es sin duda normal que un anarquista como Serrano Oteiza realce el valor y la eficacia de la instrucción como medio de regeneración. La instrucción contribuye al progreso de las instituciones sociales y a la felicidad del individuo, conformando mentalidades, valores, etc. No es de extrañar por tanto que la primera tarea de Pensativo/Sandoval sea la construcción de una escuela. En ella se proporcionará una “educación integral impartiendo “conocimientos morales y económicos”, “doctrinas exactas acerca del Arte y de la Ciencia”, “especialísimas teorías referentes a la dignidad e individualidad humana, etc.

Lógicamente en esta nueva sociedad la instrucción se concibe no como mera acumulación de saberes, sino como medio de transformación. Se trata de saber para comprender y de comprender para encontrar los principios que presidan una sociedad más justa e igualitaria.

Es éste el fin que guía a “infantes y adultos, hombres y mujeres” cuando acuden a la escuela, “no a transformarse en sabios, sino en seres útiles a sus semejantes.

El otro soporte en la construcción de la nueva sociedad es

la organización económica. Con este fin se constituyó la llamada Sociedad Colectiva del Valle de... compuesta voluntariamente por Pensativo/Sandoval como capitalista financiero y por todos aquellos vecinos que contribuyesen a la producción “ya manual, ya intelectualmente”. Una formulación que se apoya en teorías proudhonianas sobre la cooperación agrícola–industrial con participación voluntaria de propietarios y obreros, y que el mismo Serrano Oteiza ya había propuesto desde las páginas de la *Revista Social* en 1883<sup>23</sup>.

Mediante esta fórmula se explotaron las minas de hierro y carbón, se “canalizó el río”, se transformó parte de la tierra en viñedos, se construyeron fábricas de harina y de “envases de toda clase”, y “hasta se hizo un ferrocarril de vía estrecha que empalmaba con la línea general del Norte”. En este proceso de transformación no podían faltar las referencias a “las máquinas y aparatos” tan entrañables a los anarquistas españoles en su marcha hacia el progreso.

La organización económica y social de esta cooperativa agrícola e industrial descansa, en su base, en las “agrupaciones de productores”, en tanto que el vértice lo ocupa una Comisión de Correspondencia y Estadística. Las primeras son las responsables de valorar en asambleas periódicas el esfuerzo de cada productor, calculándolo “de

---

23 *Revista Social*, núms. 107, 108 y 131-137, cit. por ÁLVAREZ JUNCO, op. cit., pp. 349-350.

un modo uniforme en el fondo, pero diverso y vario en la forma, según la índole y naturaleza de cada trabajo y la aptitud de cada trabajador”. Quedaba así abolido el salario “signo de la esclavitud del trabajador y por tanto un medio injusto e inmoral de retribuir el trabajo”.

En cuanto a la Comisión de correspondencia, entendía en todo el sistema productivo: costes, teniendo previamente en cuenta la valoración del factor trabajado realizada desde las bases, nivel de producción (fijado en función de la demanda), relaciones con el exterior, etc.

No fueron fácilmente aceptadas estas teorías, que sólo gracias a la escuela se pudo asimilar. En ella se combatieron también los errores en materia económica, como “el *individualismo* encarnado en la conciencia y en el sentimiento” de los habitantes del valle que creían a Pensativo/Sandoval dueño de todo. Reforzando las enseñanzas escolares y apoyado en el derecho natural y en la teoría fourierista del trabajo atractivo, el protagonista trataba de sacarlos del error:

Por el mero hecho de ser hombres tenemos parte proindivisa en la tierra, suelo y subsuelo, en las minas y en las fábricas; mas para tenerla en los productos necesitamos haber dedicado nuestros esfuerzos para crearlos, y así como esto es puramente individual, la percepción, para ser justa, debe ser también individual.

De lo que concluía el principio colectivista del uso y disfrute del producto:

[...] el único acto de dominio que podemos realizar libremente es el de *uso*. Nuestra única propiedad, en su perfecto sentido jurídico, es el *producto íntegro de nuestro trabajo*.

Los principios éticos proclamados por el discurso anarquista se oponen también a las prácticas morales, a las manifestaciones de humildad, obediencia y sumisión fundadas en el principio de autoridad y no sobre la estima, el respeto o la dignidad individual. Llegamos así a otro aspecto destacado en la ideología del anarquismo español: el rechazo de las alabanzas y la valoración moral del individuo<sup>24</sup>. Son suficientemente significativas a este respecto las palabras de Pensativo/Sandoval al evitar que la estimación que los habitantes del valle sentían hacia él degenerase en idolatría:

La ingratitud es una infamia, la adoración es una indignidad. Entre la infamia y la indignidad está el respeto a la personalidad humana, y la primera que debe el hombre respetar y defender es la suya propia.

---

24 J. ÁLVAREZ JUNCO, “La subcultura anarquista en España: racionalismo y populismo” en *Culturas populares. Diferencias, divergencias y conflictos*, Actas del Coloquio celebrado en la Casa de Velázquez los días 30 de noviembre y 1-2 de diciembre en 1983, Casa de Velázquez-Universidad Complutense, Madrid, 1986, pp. 197-208.

El progreso continuo daba a la colectividad un doble dominio sobre las fuerzas materiales y morales, conduciéndole a una sociedad ideal que es el reverso del Valle de... lágrimas. La sociedad resultante ofrece todas las apariencias de un paraíso sobre la tierra: la utopía en la que la colectividad entera alcanza la perfección absoluta. Desde estos momentos un mito de fraternidad, abundancia y prosperidad envuelve al valle. Se mejoraron las costumbres, aumentaron las “necesidades intelectuales, muy especialmente en lo referente a la estética, la especie se reproducía sana y robusta, sobraba el trabajo, campeaban “la higiene y el arte”, etc. etc.

## CONCLUSIÓN

A la vista de todo lo expuesto podemos concluir que *Pensativo* participa en buena medida de los ideales exigidos por J. Llunas a la “literatura obrerista” desde el momento en que manifiesta las inquietudes y preocupaciones ideológicas que aquejan al anarquismo español en los años ochenta. Su composición revela la defensa de la ortodoxia colectivista, realizada a otro nivel por Serrano Oteiza desde las páginas de la *Revista Social*, ilustrando al mismo tiempo su toma de postura sobre la vía legalista de la FTRE y su ambiguo discurso sobre los poderes políticos, pues aunque no faltan

las críticas a la legislación vigente e incluso el escepticismo y desconfianza hacia “todos los poderes”, en una manifestación más de su herencia proudhoniana no llega a cuestionarse la existencia del Estado que aparece como un poder exterior al individuo.

De la misma manera el texto revela aquellos valores estéticos reclamados años después por C. Berneri para la literatura popular, para la literatura obrera<sup>25</sup>. Basta recordar su atinada delimitación espacio-temporal, su estructuración narrativa, los rasgos naturalistas que ofrece: minuciosidad y detallismo en la descripción, presentación fisiológica y moral de los personajes, su fe en el progreso –consustancial, por lo demás, al anarquismo– o la voluntad de su autor por dar a conocer los planteamientos doctrinales del anarquismo de una manera novelada, es decir divulgadora, didáctica y moralizante, lo que, sin duda, le confiere su mayor valor ideológico.

MANUEL MORALES MUÑOZ

Universidad de Málaga

---

25 CAMILO BERNERI, “La novela de folletón”, *Almanaque de la Novela Ideal*, 1928, Impresos Costa, Barcelona, 1927, pp. 80-96.